



Terror
Fantosía
Ciencia Ficción



Ediciones Turas Mór

4



La nueva literatura fantástica hispanoamericana

Contenido

Editorial.....	3
<i>Desplazamiento</i> (FABIO FERRERAS).....	4
<i>No lo hago por el sabor</i> (SUE GIACOMÁN VARGAS).....	9
<i>El criadero</i> (FERNANDO BONSEMBIANTE).....	19
<i>La araña tiene patas cortas</i> (HERNÁN DOMÍNGUEZ NIMO)	23
<i>Otra Babel</i> (GONZALO GELLER).....	38
<i>Hilos conductores</i> (EDUARDO M. LAENS AGUIAR).....	41
<i>Contacto fallido</i> (JOSÉ C. CANALDA).....	49

NM

www.revistanm.com.ar

revistanm@gmail.com / nm.e_ditores@yahoo.com.ar

Dirección y grafismo:

SANTIAGO OVIEDO

Diseño de tapa:

BÁRBARA DIN

Ésta es una publicación de distribución gratuita sin fines de lucro,
dedicada a la difusión de la nueva literatura fantástica hispanoamericana.

Las colaboraciones son ad honórem y los autores conservan la totalidad
de los derechos sobre sus obras.

Es una publicación de **Ediciones Turas Mór** para **e-ditores**

ESN 94048-070402-857613-64

Se agradece por haber tomado parte en este número a:
CARLOS DANIEL VÁZQUEZ, DIEGO PICARD y a cuantos apoyan el proyecto.

En la portada:

"Bruja de la hoguera blanca" (M. C. CARPER)

EDITORIAL

El 1º de mayo de 2006 surgió la idea de editar **NM**. Un año después, luego de cuatro entregas y con nuevo diseño de tapa, se puede decir que la revista es una fuente de satisfacciones. Los lectores pudieron disfrutar de la reedición de algunos relatos perdidos en el tiempo y en las penumbras de la limitada difusión previa a Internet, de nuevos cuentos de escritores reconocidos y de la prometedora producción de autores noveles e incluso —lo más agradable— debutantes.

De una fugaz semestralidad, se pasó a la actual trimestralidad y a un sitio propio. Fueron apareciendo colaboradores espontáneos que con sus consejos ayudaron a mejorar la publicación en función de las necesidades de los lectores: la versión en línea y la descargable para lectura fuera de línea. Incluso escritores no hispanoamericanos, que dieron origen al proyecto de **Xenoliteraria** (<http://xeno.sub.cc>).

Con la seguridad de que el esfuerzo vale la pena, las páginas de **NM** siguen abiertas a los autores de lengua castellana para demostrar que en nuestro ámbito también se produce literatura de calidad. Después de todo, ya estamos bastante grandes como para poder hacer cosas sin entrar en simples imitaciones.

SANTIAGO OVIEDO

Los textos de esta publicación fueron editados en OpenOffice 2.0. La revista se armó en Serif PagePlus 6.0. Las imágenes fueron trabajadas en Serif DrawPlus 3.0, Serif PhotoPlus 5.0 e IrfanView 3.98. Los archivos PDF fueron generados en PDFCreator.

DESPLAZAMIENTO

FABIO FERRERAS

Aunque aún era muy chico para comprender el verdadero alcance de su travesura, Martín no tardó en descubrir que se había portado mal... y meter un clavo en el agujero del enchufe había estado *muy* mal.

¡Y ni siquiera había comenzado como una travesura! Su única intención había sido la de averiguar qué se escondía tras esos misteriosos agujeritos oscuros. Hacía varios días que a Martín lo tenían intrigado, y aquél en particular se había despertado con una idea fija en la mente: averiguar cuál era el poder oculto que hacía funcionar la mayoría de los aparatos de la casa. A lo mejor, si lograba introducirlo en cualquiera de los dos agujeros, el clavo que encontró en la caja de herramientas de papá se encendería como la lámpara de pie, la misma que desenchufó para poder hacer la prueba. O quizá emitiera música, como el reproductor de discos compactos que mamá y papá tenían en su dormitorio. Pero no; al entrar en el enchufe el clavo no se iluminó ni emitió música. En lugar de eso, lo que sucedió fue

que el interior de la cabeza de Martín pareció llenarse de luces silenciosas, como si un millón de fuegos artificiales explotaran al unísono. Al principio no hubo dolor. La agonía llegó bastante después, cuando Martín recuperó la consciencia y se le empezó a pasar el entumecimiento del brazo. Lloraba, y ni siquiera recordaba haber empezado a llorar.

Papá estaba arrodillado a su lado. Gritaba su nombre, una y otra vez, y lo sacudía por los hombros. Martín intentó decirle que no lo zamarreara tan fuerte, que se sentía bien, que no había hecho nada malo... pero no logró encontrar las palabras. Era como si los fuegos artificiales le hubiesen arrebatado la voz. Fue entonces cuando empezó la agonía: un enjambre de agujas se le clavó en el brazo, desde el hombro hasta la punta de los dedos, el dolor más grande que experimentara en sus cinco años de vida. Pero lo peor de todo era verlo a papá tan preocupado. Martín se abrazó a él, muy fuerte. Papá le murmuraba unas frases al oído: que no volviera a

hacerlo, que no soportaría perderlo de una manera tan tonta... parecía a punto de llorar. Martín seguía sin encontrar su propia voz entre tanta angustia, no podía decirle que él era un niño bueno, que cómo podía imaginarse que esos dos agujeritos de nada fueran tan peligrosos... Después de todo, nunca se le había ocurrido que el enchufe pudiera enojarse con él, como parecía haberlo hecho. Con los ojos anegados en lágrimas vio el clavo traicionero, caído en el suelo junto a su pierna derecha. Lo pateó con furia sin dejar de llorar.

Una vez pasado el susto (y tras un par de vasos de zumo de naranja en la cocina), papá decidió que tenía que haber un escarmiento, porque las cosas, dijo, no podían quedar así. Martín se había portado mal, *muy* mal, y tenía que ser castigado para que no volviera a hacerlo en el futuro. El chico trató de explicarle que no era necesario, que con el dolor y el susto había tenido suficiente, pero papá no cedió.

—A partir de este momento —dijo—, una semana sin televisión. Y estoy siendo demasiado benevolente; espera a que tu madre se entere: va a poner el grito en el cielo. —Y se fue sin mirar atrás.

Martín quedó solo en el silencio de la cocina, asimilando la situación. ¡Una semana entera sin poder mirar la tele!

Se envaró en la silla. Sus puñitos se crisparon sobre la mesa. El dolor, por suerte, ya se le había pasado. Miró el reloj colgado sobre la puerta. A pesar de su corta edad conocía la disposición general de las agujas. ¡Los di-

bujos animados estaban a punto de comenzar! Pensó en el televisor, junto a la lámpara desenchufada (y junto al clavo caído en el suelo, que debía seguir allí); el televisor esperando a que él llegara y lo encendiera mientras él se sentaba en su sillón, como hacía todas las tardes... todas las tardes excepto aquélla.

Martín se enfureció. Quería a su papá, claro que lo quería, pero en ese momento lo detestó con un odio infinito. Lo invadió una sensación de injusticia tan insoportable que estuvo a punto de agarrar el vaso y estrellarlo contra la pared. Y sí, aferró el vaso. Pero en lugar de arrojarlo, se dejó llevar por una alucinación. Por supuesto, Martín tenía cinco años recién cumplidos y no conocía una palabra tan complicada como *alucinación*; si hubiera tenido que describir su experiencia, habría dicho que aquélla fue la tarde en que *soñó despierto*.

Comenzó a soñar despierto, entonces. Una parte de su ser (la que estaba en el sueño) se levantó de la silla y caminó hasta el fregadero, deteniéndose junto al cajón de los cubiertos. Lo curioso fue que también era consciente de seguir sentado frente a la mesa; aún sentía la presión del respaldo contra su espalda, la mano cerrada alrededor del vaso vacío.

De pronto tenía un par de ojos extra y podía ver con todos al mismo tiempo. Con los ojos de siempre contemplaba el reloj, el lento avance de la aguja (eran las cinco de la tarde y el programa estaba empezando), mientras que con los nuevos miraba su propia mano, la veía extenderse frente a sí y abrir el cajón, el de los cubiertos, la

veía empuñar un cuchillo y sacarlo. El reflejo de las luces destelló sobre el acero.

Mientras seguía paralizado en la silla, sin moverse, sin *respirar* siquiera, el segundo Martín, el Martín del sueño, daba media vuelta y salía de la cocina sin hacer ruido. Sabía adónde se dirigía, y por qué lo hacía... o para qué.

Llegó hasta una puerta cerrada. La abrió con la mano que no empuñaba el cuchillo. Fijó la mirada en el hombre de espaldas, encorvado sobre la mesa, y avanzó hacia él.

El hombre no lo escuchó entrar; estaba enfrascado en sus asuntos. Pero algo debió anunciar su llegada (tal vez el chirrido de la puerta al abrirse, o una leve corriente de aire) porque el hombre comenzó a voltear. Así que Martín se abalanzó hacia delante, empujando con el cuchillo en un breve arco ascendente.

Y fue como despertar. Estaba otra vez en la silla. Siempre lo había estado. Las agujas del reloj parecían no haberse movido desde el comienzo del sueño, clavadas en las cinco de la tarde. La mano derecha, la que había recibido la descarga eléctrica, le temblaba fuera de control.

Empezó a llorar, presa de una incontrolable sensación de desamparo y pavor entrelazados. ¿Qué había sucedido? No lo sabía. Lo único que sabía era que quería mucho a su papá y que no le importaba si lo castigaba durante diez años más..., porque creía haber reconocido aquella espalda (aunque, ¿era ese hombre su papá?; ¿acaso no era más alto y un poco más fornido?), y le daba mucho miedo lo

que había hecho en el sueño. Se miró la mano desnuda, tratando de reconciliarla con el cuchillo que había parecido empuñar un instante antes.

Papá entró en la cocina media hora más tarde. Lo miró un momento antes de decir:

—Puedes ir a ver la tele, Martín. Por esta vez estás perdonado. Eso sí: antes tendrás que prometerme que no volverás a hacerlo. —Se arrodilló a su lado y le revolvió el pelo afectuosamente.

Martín saltó de la silla y lo abrazó. Cerró los ojos bien fuerte, para que no volvieran los sueños, nunca más.

Se quedaron así un largo rato. Ambos lloraron un poquito, pero por razones diferentes. Martín había olvidado los dibujos animados. Aquel día se los perdió y no le importó en absoluto.

La vida ha transcurrido desde entonces, entre paréntesis, sigilosamente, con ese andar furtivo que suele tomar desprevenidas a las personas. Hace ya tiempo que Martín dejó de ser un niño. De hecho, ahora es un adulto que ronda los cuarenta años y está empezando a quedarse calvo. Ha crecido, se ha independizado; ha formado una familia. Su esposa se llama Daniela y su hijo Ignacio, y ha aprendido a quererlos y a confiar en ser correspondido en el amor que siente por ellos.

En este mismo instante se encuentra en su tallercito de reparaciones, intentando ponerse al día con el trabajo atrasado. Es técnico electrónico y arregla ordenadores. Tal vez la pasión por descubrir el funcionamiento de los aparatos le venga des-

de muy chico, pero no puede asegurarlo categóricamente. Le gusta lo que hace, y le alcanza con saberlo.

Sobre una amplia mesa, frente a él, tres monitores despanzurrados aguardan su turno, como en sala de espera, entre infinidad de herramientas, soldadores, instrumentos electrónicos. Dos de los ordenadores deberían estar terminados para hoy, pero ya es bastante tarde y sospecha que no podrá entregarlos a tiempo. Odia fallarle a los clientes; no es así como prosperan los negocios, no. Y la culpa es exclusivamente suya, por haber aceptado más trabajo del que podía hacer frente.

Su nerviosismo aumenta tanto que no logra concentrarse en lo que hace, lo que provoca mayor inquietud. Por fin, la irritación le juega una mala pasada: Martín introduce un destornillador en el monitor que no debía, el que aún estaba enchufado a la red eléctrica.

La descarga le recorre el brazo derecho. Suelta la herramienta con un respingo y una mueca de dolor le cruza la cara.

—¡Mierda! —exclama. La palabra le sabe metálica, como contaminada por la electricidad.

Se frota el brazo con la otra mano, maquinalmente, y el movimiento le genera un feroz hormigueo que lo recorre de arriba abajo, desde el hombro hasta la punta de los dedos.

Decide descansar unos minutos, tranquilizarse lo suficiente para terminar el trabajo sin matarse en el proceso. Dirige la vista hacia el reloj de pulsera y descubre, consternado, que ya casi son las cinco de la tarde.

¡Su padre está a punto de llegar!

Martín se olvida los ordenadores y se dirige al otro extremo del taller, hasta un estante de madera que suele utilizar como mesa de merienda. No le gusta comer cerca de la zona de trabajo, por el riesgo de derramar alguna migaja sobre los componentes electrónicos. Allí lo esperan el vaso de zumo de naranja y el emparedado de jamón y queso. Y el cuchillo.

El brazo ya no le duele a pesar de seguir temblando. Bebe un largo trago mientras piensa en su padre. Para ser sinceros, últimamente no tolera su presencia y ha tomado la costumbre de irse de la casa antes que el anciano llegue de visita. Martín lo quiere, lo quiere de verdad, pero su padre está muy viejo —ochenta años— y le resulta casi imposible mantener una conversación coherente. Para colmo, sus problemas de salud, tanto físicos como mentales, han empeorado bastante en los últimos meses. Hubo ocasiones en que el viejo dejó de reconocer a sus familiares y se tornó brusco y huraño. Daniela, la esposa de Martín, siente cierto temor cuando el anciano juega con Ignacio, el hijo de ambos.

—Pero después de todo es su abuelo, Daniela —dice siempre Martín, como queriendo convencerse de sus palabras—. Y es el único que tiene.

—Ya, ya. Lo sé —responde ella—. Pero no me gusta que se le acerque. Ni que lo toque. El viejo debería estar encerrado en un geriátrico. Está un poco ido. A veces tiene esas reacciones tan raras... El chico se asusta. Le tiene miedo.

Martín devuelve el vaso al estante, pensando que su esposa tiene

razón. Lo invade una sensación de injusticia tan poderosa que olvida el temblor del brazo. Ese pobre viejo alguna vez fue un padre cariñoso, y no merece terminar sus días de esa manera. Si por lo menos...

Toma el emparedado con una mano poco firme y se lo lleva a la boca, pero no completa el movimiento. El viejo a punto de llegar, él con un montón de trabajo atrasado, y Daniela encerrada en el dormitorio, de muy mal humor por el jarrón roto. La situación no puede ser peor.

Si por lo menos al viejo le pasara algo...

Es un pensamiento muy breve; más bien el comienzo de uno, porque Martín lo suprime en cuanto empieza a cobrar forma. Es incapaz de pensar algo así. Siente que el estómago se le encoge, y que el emparedado es demasiado grande. Lo mejor será dividirlo y dejar el resto para después.

Martín empuña el cuchillo y comienza a cortarlo en diagonal. Los tubos fluorescentes del techo se reflejan

sobre la superficie acerada y por fin todos los elementos dispersos se conjugan para recuperar un único pensamiento, aletargado en algún oscuro rincón de la memoria. El recuerdo de un sueño (un sueño o una alucinación) surge desde el fondo de su mente; una imagen: el arco ascendente de la hoja plateada que se entierra en la carne.

Escucha la puerta que se abre a sus espaldas. Martín teme darse vuelta y saber quién está entrando.

Podría ser su mujer que despertó de la siesta.

Podría ser su padre que encontró la puerta de calle abierta.

Incluso podría ser su hijo Ignacio, llegando para pedirle que lo perdona por haber roto el jarrón del comedor, y que olvide el castigo que Martín le ha impuesto: una semana entera sin mirar la televisión.

No importa quién sea; Martín está a punto de averiguarlo.

© FABIO FERRERAS, 2006

FABIO FERRERAS

(Argentina —Bahía Blanca, 1972—)

Ingeniero industrial, tiene cuentos publicados tanto en revistas argentinas como españolas, así como en su sitio (<http://usuarios.lycos.es/fabioferreras>). Éste es su debut en **NM**.

NO LO HAGO POR EL SABOR

SUE GIACOMÁN VARGAS

1

—Más vale que no se vuelva a repetir —dijo su jefe en tono severo—; estos retrasos afectan la eficiencia del departamento.

”No me gustaría tener que degradarlo de rango.

Eto Mideveilo aceptó el regaño con humildad y solicitó permiso para retirarse.

No le sorprendía la llamada de atención. Llevaba días llegando tarde. Al principio habían sido diez minutos o quince. Luego fue media hora, y por último, una hora.

Al salir de la oficina del director sus otros compañeros lo miraron curiosos. Avanzó entre ellos hasta su escritorio y se sentó cabizbajo. El trabajo inconcluso se desplegó frente a él junto con una voz amable que le recordó sus deberes.

Estaba cansado. Su primera hora de trabajo y apenas podía abrir los ojos. Se pasó la mano por el rostro, lanzó un suspiro ahogado y se puso a trabajar.

A la hora del almuerzo Yaro Olvín, su vecino de escritorio, se acercó a él y le preguntó.

—¿Te traigo algo de la proporcionadora?

Eto se le quedó mirando, como si lo escuchado fuera una irreverencia.

—No, no, gracias.

Yaro arrugó el cejo.

—Desde que te conozco nunca te he visto comer.

—¿Y? —preguntó con disgusto.

—Es extraño.

—No veo por qué.

Su vecino fue hasta la proporcionadora de alimentos: una caja metálica de la que recibió una charola repleta de curiosos objetos multicolores. Eto giró la vista con algo de repulsión y miró el contador de horas. Aún faltaba media jornada. Cada vez le era más difícil hacer sus deberes, pero no tenía opción.

Cuando el día terminó, Eto emprendió su camino a pie. La ciudad había crecido descomunalmente, y en sus

calles no sólo se encontraban ciudadanos, congéneres suyos, sino también representantes de otras razas, que, con un permiso especial, podían vivir e incluso trabajar ahí.

A la mitad del camino, Eto desvió sus pasos hacia un edificio de departamentos abandonado. Echó un vistazo alrededor y, al sentirse seguro de no ser espiado, entró. En seguida había un elevador, pero él optó por mover uno de los cuadros de losa que formaban el suelo. Descubrió unas escalinatas que lo llevarían bajo el edificio. Bajó con cuidado y volvió a colocar la sección del piso removida para que el pasadizo siguiera oculto.

Se encontró frente a un largo pasillo que lo conducía a una puerta de cuyos bordes escapaba vapor. Fue hasta ella y tocó tres veces, después dos. La puerta se abrió.

Adentro hacía calor. Eto aspiró con fuerza los olores y sonrió lleno de placer. Frente a él veinte cocineros mazutenses iban de un lado a otro concentrados en sus tareas; sus cuerpos de reptil, que aparentemente estaban desnudos a excepción de los delantales, estaban protegidos por un traje térmico traslúcido que los mantenía calientes.

—¡Mideveilo, no pierdas tiempo que hoy estamos llenos! —escuchó a su derecha. Al voltear encontró al jefe de aquella danza sincronizada; su nombre era Vulghoronoksavaít, y era mazutense también. Por comodidad prefería llamarlo Vulgho, mientras que los demás le decían “jefe de cocina”. Siempre traía su cinturón de herramientas, entre las que desta-

caban afilados cuchillos capaces de cortar un esternón en dos.

Después de saludarlo, Eto tomó un delantal como el que llevaban los demás cocineros y comenzó a ayudar en las faenas.

2

—Buena noche —dijo Vulgho. Tenía un acento extraño al hablar, y una voz seca y ronca. La aguda línea negra en sus ojos amarillos le prodigaba una apariencia amenazante—. Muchos comensales. Muchos números.

—Sí —contestó Eto sonriente.

Ambos extenuados, pero satisfechos, se sentaron en una de las mesas del comedor vacío, junto con los compañeros. En ocasiones preparaban algo especial al final, alguna receta innovadora o tradicional, y luego, en consenso, decidían si la incluirían en el menú. Esa noche probarían “korga con salsa de elderemevsos”, originaria de un puerto mazutense cuyo nombre le era imposible de pronunciar.

Miró alrededor con una gran sonrisa. Le gustaba mucho estar ahí. El trabajo era duro, y al principio le costó igualar el ritmo con el que se movían los demás. Pero ahora se sentía orgulloso de haber superado los retos.

Los cocineros sirvieron orgullosos los guisos y todos se aprestaron a comer. Eto no lo hizo de inmediato; se dio un momento para mirar los colores, las texturas, la forma en que salía el vapor de los alimentos calientes, despidiendo olores característicos. El platillo combinaba la carne con vegetales brillantes y una salsa

oscura estaba dispuesta alrededor; una isla colmada en medio de un diminuto mar.

Vulgho, que era simple en todo lo que hacía, probó el guiso de inmediato. Su lengua larga y articulada envolvió una porción de alimento y lo engulló sin más preámbulo.

—¿Qué tal está? —preguntó Eto.

El mazutense cerró los ojos y sus escamas se abrieron un poco exhalando aire. Éste nubló un instante el contorno de su traje térmico.

—Muy bueno, ¿eh?

—Bastante, sí —concluyo con la boca llena. Eto miró en torno; sus compañeros asentían entre exclamaciones de placer. Sólo entonces dio el primer bocado. Lo masticó despacio, dejando que el sabor penetrara en cada papila de su lengua.

—Siempre me sorprenden —dijo Eto— ¿Cómo se las arreglan para crear alimentos agradables al paladar de dos razas tan distintas?

—¡Bah, exageras nuestras diferencias!

Eto miró sus manos y luego las escamas de Vulgho. Se le ocurrieron un montón de formas de refutar esa aseveración, pero no tenía ánimos de discutir.

—¿Te he contado ya sobre la cadena de comedores que tenía en mi ciudad natal?

—Sí, muchas veces.

—¡Era grande, Eto, y yo era un magnate; un dios!

—Sin duda. ¿Por qué no te quedaste allá?

—Problemitas con la ley.

Sus escamas se abrieron y soltaron vapor, luego lanzó unos sonidos

jadeantes entrecortados. Eto recordó la primera vez que lo observó hacer eso. Pensó que se ahogaba y saltó tras él rápidamente para apretarle el estómago, un poco antes de que el mazut lo empujara lejos en medio del enojo. “¡Estúpido!”, le gritó. “¡Me estoy riendo!”.

Los cocineros se despidieron con aprecio, como todas las noches. Unos minutos después Eto se quedó sólo con Vulgho. La mañana se acercaba.

—Tal vez deje de venir —le dijo al mazutense mientras se quitaba lo que consideraba su uniforme; el delantal blanco que siempre terminaba manchado—. Ya no puedo llegar tarde a la oficina; eso sin mencionar la falta de sueño que me hace ineficiente...

—¿Ineficiente? Ni durmiendo una semana arreglarías eso...

—Muy gracioso, Vulgho.

El mazutense se rió y sus escamas se movieron de nuevo al ritmo de sus carcajadas.

—Hablando en serio —insistió Eto y arrugó el cejo—, no quisiera ser degradado.

—Deja ese empleo. Duerme en el día y ven por la noche. Puedes vivir en mi casa, sabes que eres bienvenido.

—No puedo aunque es tentador. Un trabajador desaparecido podría llamar la atención de las autoridades y ya sabes lo que pasa cuando encuentran un comedor secreto...

Vulgho perdió de golpe su buen humor ante la idea expuesta.

—Tal vez sea momento de mudarnos —dijo reflexivo—. Cada noche viene más gente y las noticias

corren aprisa. En cualquier momento alguien hablará frente a la persona equivocada y ¡bum! Se acabó la cocina...

—No permitas que suceda —le dijo Eto y levantó la mano como despedida—. Discúlpame mañana con los otros.

Sus labores cotidianas comenzaban en cuatro horas. Intentaría dormir un poco.

3

Tarde.

Trató de levantarse, pero su cuerpo extenuado no lo obedeció. Se dijo entre sueños que descansarían unos minutos más, y de pronto ya había pasado una hora. ¿Las consecuencias? Un nuevo regaño de su jefe y su imposibilidad de mantener los ojos abiertos.

Se frotó el rostro para alejar de sí la extenuación.

—Mideveilo —dijo Yaro. Al elevar la cabeza vio medio rostro asomado por encima de la mampara que los separaban—. Te buscan.

En la entrada a la sección un par de oficiales preguntaban y señalaban su lugar.

—Mierda —susurró por lo bajo. Intentó escabullirse, pero fue interceptado por el jefe.

—Vamos —le dijo éste—. No hagas esperar a los señores.

—Estamos preocupados por usted, Mideveilo —dijo uno de los oficiales. Habían decidido “entrevistarlo” en el despacho de su superior, tantas veces testigo de sus desavenencias. Su

jefe lo miraba severo sin decir palabra y él se revolvió en su silla mientras se esforzaba por permanecer sereno. Eto pensó que en verdad debían despreciarlo, ya que ni siquiera se habían molestado en presentarse con él. En secreto los bautizó como “uno” y “dos”. Los tipos parecían tan fríos que numerarlos le pareció lo más adecuado—. Nuestro sistema registra que no ha utilizado una sola proporcionadora en más de un periodo.

—Eso es más de veinticinco días —dijo el número dos.

—He comido con amigos —contestó Eto inmediatamente.

—¿Amigos de esta oficina? —preguntó número uno.

—Sí.

—Mencione a uno de ellos —cuestionó número dos.

—Yaro Olvín, que se sienta a mi lado —dijo y acompañó las palabras con un gesto, como si fueran capaces de mirar tras las paredes hasta el sitio al que se refería.

Pero los oficiales no se contentaron con esto.

—Sabemos también que hay ocasiones en las que no llega a su habitación a dormir.

—Sí, es cierto, a veces me quedo en alguna fiesta, o con alguna mujer.

Los oficiales se miraron con una mueca de incredulidad.

—Su supervisor nos ha informado que llega tarde, y que está atrasado en sus tareas.

Eto se quedó en silencio. Arrugó el ceño, perdiendo un poco su entereza.

—Pero no se inquiete. Nosotros, los representantes de la autoridad social, comprendemos las presiones

a las que están expuestos los ciudadanos. Encontrará que somos muy flexibles; creemos que todas las personas merecen tener una oportunidad de reformarse. Sólo basta con que digan la verdad...

—Un momento... ¿“Reformarse”?

—Eto sintió la garganta seca.

—Cállese, Mideveilo —ordenó su jefe de mal humor—. ¿No entiende que se ha metido en un problema? Es mejor que coopere.

—Es que... no entiendo de qué se trata...

—Sabemos que está circulando comida ilegal en este sector de la ciudad —dijo número uno.

—Debemos descubrir la ubicación de ese comedor y destruirlo de inmediato —exclamó número dos.

—Nos decepciona mucho tener que perseguir estos casos, ya que es obvio que quienes están tras ellos son extranjeros. Ningún ciudadano sabría cómo “cocinar” —numero uno amenazó a Eto con la mirada—, ni tendría idea de dónde conseguir los ingredientes para hacerlo. A un grupo selecto de extranjeros se les permite vivir entre nosotros, ¿y es así como nos pagan? Lo peor de este asunto es que hay ciudadanos que los ayudan a cometer estos delitos.

—No estará insinuando que yo...

—Algunos compañeros suyos —lo interrumpió número dos— aseguran haberlo visto ingerir comida extraña que ya traía consigo y que no extrajo de las proporcionadoras de alimento.

—Eso es mentira.

—Ingerir comida ilegal es un acto irresponsable de su parte, Mideveilo. El alimento puede estar conta-

minado, o afectar de alguna manera su organismo.

—Probablemente a eso se deban sus retrasos —comentó su jefe con malicia.

—No desaproveche la oportunidad que le brindamos —exclamó paciente número uno—. Si coopera y nos facilita alguna información sobre ese comedor, no sólo no lo molestaremos más, sino que se le perdonarán todas sus faltas.

—Muchos males están ligados a la inadecuada nutrición —complementó número dos—. Cuando no poseíamos máquinas de alimento la gente podía decidir qué comer y qué no. En ese entonces existía el hambre, la obesidad, los desórdenes alimenticios. Existía comida contaminada que enfermaba a la gente...

—Peligrosos virus pasaban de una especie a otra; millones de ciudadanos morían en terribles pandemias...

—Los médicos y científicos unían esfuerzos. Pero los virus mutaban; no se los podía detener...

—Perdimos a la mitad de nuestra población...

—Con sólo la implementación de las proporcionadoras, los trabajadores doblaron su eficiencia y las personas fueron más felices, activas; sin mencionar, por supuesto, la situación óptima en la que la apropiada ingesta de nutrientes mantiene al organismo...

—Yo estoy de acuerdo con todo eso —dijo Eto deseoso de terminar con la clase de historia—, pero aún no comprendo qué tiene que ver conmigo.

—Si se niega a cooperar, no tendremos más remedio que arrestarlo.

Sabemos que está ligado de alguna manera a ese comedor ilegal...

—¡Arrestarme! ¿Por qué? ¿Por que algún mentiroso dijo que me había visto ingerir un alimento no autorizado? ¿Por un rumor...?

—Vuelva a sus obligaciones —lo interrumpió su jefe y cruzó los brazos.

Tenía que hablar con Vulgho. Tenía que avisarle.

En su cubículo Eto estrujaba su cerebro en busca de una respuesta. Si los oficiales habían dado con él no tardarían en llegar al comedor. Podía hacerle una llamada a su amigo pero presentía que sus comunicaciones estaban siendo rastreadas. Visitarlo en persona era impensable.

Los agentes aún no salían de la oficina de su superior. Yaro Olvin se levantó un instante, y Eto no perdió el tiempo. Se colocó en el ordenador ajeno y redactó de inmediato el mensaje.

“Agentes cerca. No abras esta noche”.

Lo mandó y volvió a su lugar antes de que su compañero regresara.

Sólo quedaba esperar que Vulgho recibiera el aviso a tiempo.

A la salida, fue directo a su habitación, porque no deseaba despertar sospechas. No alcanzaba a notar espías, pero estaba seguro de que lo vigilaban.

Al llegar pidió por primera vez en mucho tiempo alimento de la proporcionadora. De un panel digitalizó los códigos correspondientes y esperó. Unos segundos después obtuvo un montón de figuras coloridas.

Comió mecánicamente, con disgusto. Aquello no tenía sabor, olor, ni textura. Era como masticar un pedazo de plástico.

Se metió en la cama y esperó poder, al menos, descansar. Puso la holovisión para distraerse. Imágenes y sonidos lo arrullaron al punto del sueño, hasta que fue sorprendido por una noticia. Las proyecciones mostraban arder un edificio de departamentos abandonado: el sitio donde Vulgho ocultaba su pequeño comedor ilegal.

“...ahora mismo observamos cómo los agentes destruyen el...”

Eto salió deprisa. El comedor no quedaba muy lejos de ahí.

Nada podía hacerse. Aun así penetró el tumulto y se acercó a las llamas. A su alrededor reconoció a comensales, rostros compungidos y silenciosos que miraban con tristeza la pérdida, fingiendo ser ajenos. Eto recobró la compostura. No había ningún mazutense alrededor y —hasta donde alcanzaba a notar— los oficiales no custodiaban a ningún prisionero. Esto lo tranquilizó un poco. Miró por última vez el edificio que ardía. Qué desperdicio.

4

La oficina.

El trabajo, la costumbre, el tedio. Nada que no conociera.

Pero era más difícil ahora. Aunque por lo menos no se quedaba dormido cada cinco minutos.

Habían pasado ya diez días desde el incidente. Su jefe hizo la ronda de supervisión y se detuvo en su lugar.

—Estoy muy impresionado, Eto —le dijo—; has mejorado y ya no llegas tarde.

Sonrió condescendiente. Pero el halago lo puso de mal humor.

Miró el contador. Mierda, aún quedaban seis horas.

Llegó a su habitación cabizbajo, como todos los días de su minúscula existencia, y no levantó el rostro porque sabía bien que no había nada que mirar. Sacó su identificación y la metió en la ranura de la puerta. Luego presionó su pulgar para que se le extrajera la muestra genética.

—Mideveilo, juro que te veas mejor cuando no dormías.

Eto se tornó, aunque había reconocido la voz de Vulgho de inmediato. Entre alegre y consternado lo metió a su habitación con apuro y cerró la puerta con seguridad.

—¿Qué haces aquí? —dijo, acompañando sus palabras con gran aspaviento—. Te hacía muy lejos para este momento. Espero que no me tengan vigilado...

—Guárdate el sermón; si me he arriesgado a buscarte es porque no tuve otra opción. ¡Me tienen acorralado! Confiscaron todos mis bienes; tuve que hacerme una identidad falsa que me costó todo lo que me quedaba...

Vulgho acarició el saco enorme que lo cubría, abotonado hasta la mitad mientras se retiraba una capucha que le servía para ocultar el rostro. Eto observó de reojo que aún traía consigo el cinturón con cuchillos y utensilios de cocina.

—...y mis cocineros... los deportaron a todos... No creas que no te lo

agradezco... Tampoco hubiera escapado de no ser por el mensaje que me enviaste.

Exhaló un poco de vapor a través de su piel, en un suspiro.

—¿Cómo puedo ayudarte?

Vulgho sacó una tarjeta; el cardex de identidad falso del que acababa de hablarle, y se lo entregó. No era necesario explicar. Eto fue hasta el módulo de transferencia, ubicado al lado de la proporcionadora, y colocó en las ranuras correspondientes el cardex de Vulgho y luego el suyo, del otro lado. Subvocalizó la cantidad de números que depositaría para su amigo.

—Es extraño —dijo Eto mientras la máquina hacía su trabajo—. ¿Por qué no me arrestaron también a mí?

—Lo ignoro. Tal vez porque sólo eres un ciudadano.

—¿A qué te refieres? —preguntó con un dejo de molestia. Vulgho se rió un poco antes de responder.

—No te enfades. Lo que los oficiales quieren es erradicar los comedores y tú no eres el problema...

—Porque creen que no puedo cocinar. Por eso no les importa lo que yo haga.

—Así lo veo.

—Aun así no tiene sentido. —Eto tomó el cardex de Vulgho y se lo dio.

La computadora recepcionista anunció una visita y ambos se miraron temblorosos. El visor de la puerta les mostró la identidad de quienes esperaban afuera. Eran los mismos oficiales, número uno y dos, con sus rostros fríos e impassibles, acompañados de un par de guardias armados.

—¿Dónde está?—preguntó número uno. El otro no perdía el tiempo y se dedicaba a inspeccionar; primero el baño, donde tardó un poco.

—¿Quién? —dijo Eto con calma.

—Los vimos, así que no vale la pena mentir. Hagan lo que hagan, ambos serán castigados...

—Si es así —contestó Eto—, entonces no tengo nada que perder.

Tomó al oficial por sorpresa del cuello y lo amenazó por la espalda. Éste forcejeó hasta sentir el tacto frío y punzante tras él, empujando su filo para penetrarlo.

—Es un cuchillo de cocina, oficial —le susurró—, de esos que pueden cortar en dos a un esterdone.

El segundo oficial y los guardias de la entrada lo amenazaron de inmediato dirigiendo sus armas hacia su cabeza, pero su prisionero gritó de inmediato: —¡No hagan nada! ¡Está armado...!

—¿Qué pretende, Mideveilo? —lo cuestionó número dos.

—Dejarán escapar a mi amigo.

En ese instante, Vulgho salió del armario, y con su agilidad de reptil dio un salto hasta la puerta. Los guardias le dispararon pero ninguna descarga le llegó ni cerca.

—¡Permitan que se vaya! —gritó Eto y sujetó con más nervio a su prisionero. Éste, por su parte, contribuyó a sus fines gritando preso de la desesperación.

Esperó unos segundos. El tiempo que consideró prudente para que su amigo mazutense se marchara. Ahora era su turno. Se movió despacio, sin dejar de amenazar, para emprender la huida, pero en su deses-

peración permitió que su prisionero se soltara y éste le propinó un codazo sorpresivo en el estómago. Los guardias se fueron contra él y en poco tiempo lo controlaron a golpes.

6

Dolor. En las costillas, en la cabeza. Abrió los ojos con pesadumbre.

Estaba en un cuarto pulcro, blanco, immaculado; sentado en una silla a la que estaba muy bien atado. Después pudo ver a los oficiales junto con dos tipos que parecían ser médicos.

—Al fin se reúne con nosotros, Eto; lo esperábamos desde hace rato.

No dijo nada. Cerró los ojos de nuevo.

—¿Sabe por qué está aquí?

Eto hizo un esfuerzo y contestó.

—¿Porque quieren saber dónde está Vulgho y creen que se los puedo decir? Detesto decepcionarlos, pero nos despedimos sin ponernos de acuerdo.

Los oficiales se rieron a discreción.

—Sabemos muy bien que usted ya no nos sirve de nada, Mideveilo. Ésa no es la razón por la que está aquí.

—¿Entonces?

—Queremos asegurarnos de que no vuelva a caer en la tentación de ingerir o apoyar la comida no autorizada.

—Deseamos convencerlo; darle razones lógicas que usted comprenda —completó el otro.

—No irán a darme una nueva clase de historia —dijo Eto. Estaba un poco más despierto, aunque descu-

bría en su cuerpo dolores nuevos—. Pierden el tiempo. ¿Creen que soy estúpido? Todo eso de las enfermedades, los desórdenes alimenticios, el hambre, son sólo excusas. Sé muy bien que los políticos, la gente poderosa, tiene acceso a la comida real.

—Los alimentos sintéticos son tan reales como los naturales. Pero son mejores. Están balanceados y medidos...

—Ya sé que tienen todas las bondades del universo —dijo Eto con desesperación—. ¡Pero son horribles! ¿En qué momento la ciudadanía permitió sacrificar tanto por...?

—Por la salud... ¿Le parece insignificante? Se permitió porque era la forma de alimentar a la sociedad sin peligros.

—Pero también es más barato, ¿no es cierto? Es más barato que intentar otras cosas, como regularizar los consumos importados, medir la salubridad o vigilar los establecimientos que prestan servicios alimenticios.

—Lo que pide es imposible en un mundo de miles de millones de habitantes. Escúchese a sí mismo. Personas como usted sólo lograrán que se desate una pandemia desastrosa.

—La cocina que destruyeron estaba limpia —interrumpió Eto molesto—. Ni yo, ni nadie que haya comido ahí se enfermó...

—Otra vez no comprende el punto, Eto Mideveilo. No se trata de que ocurra; se trata de prevenirlo. Y ahora mismo vamos a cerciorarnos de que usted no vuelva a apoyar esas prácticas en contra de la salud.

Los otros dos, que hasta ese momento habían permanecido alejados, se acercaron a él y le sujetaron la ca-

beza. Luego lo obligaron a abrir la boca y con un utensilio tiraron con fuerza de su lengua. Por más que intentó ofrecer resistencia fue inútil. Sintió el filo alrededor de la carne y el dolor que le informaba de la pérdida. Los ojos siguieron el recorrido de su lengua expuesta y desgarrada, que —sostenida por unas pinzas plateadas— quedaba en un estante lejano, mientras la sangre ahogaba sus gritos y le escurría por la boca hasta el cuello.

7

La oficina. Los deberes. El supervisor mirando por encima del hombro. El contador que marcaba la salida.

Eto salió del sistema y guardó sus objetos de trabajo. Yaro Olvin se despidió y él le respondió, pero la articulación de las palabras sonó extraña. Se tocó la falsa lengua con los dedos: una prótesis flexible que le permitía hablar. Los médicos decían que en cuanto pasara el tiempo se acostumbraría...

Hijos de korga...

También le habían hecho algo a su olfato, aunque no podía precisar qué. Desde entonces no podía percibir un solo olor. Tragó saliva y apretó los ojos. Perpetuamente luchaba por no derrumbarse.

Como acostumbraba, caminó hasta su habitación, intentando alejar de sí sus pensamientos depresivos.

Desde lo sucedido había cambiado el trayecto. Tras cuatro periodos el asunto parecía olvidado.

Luego de pensar esto, Eto retomó las calles, disimulando en su andar un titubeo que lo balanceaba en-

tre el ansia y el arrepentimiento. Seguro que le costaría mirar aquel sitio abandonado y chamuscado, renegrido por las llamas que lo consumieron.

Un nudo en la garganta se hizo presente cuando estuvo cerca de lo que alguna vez había sido el comedor. La autoridad había colocado bandas de seguridad para alejar a los curiosos. Las sorteó tras cerciorarse de no estar siendo vigilado.

El primer piso había desaparecido. En su lugar, un hueco enorme se alargaba hasta la cocina, de la que no había quedado ni un rastro. Bajó de un salto, observando con tristeza lo perdido.

Mientras se abría paso entre las ruinas escuchó ruidos. Fue hasta el área de las mesas, separadas a medias por una pared. Una silueta cubierta por un enorme saco oscuro pateaba algunos trozos de mueble inservibles en el suelo.

—¡Vulgho! —le gritó.

El mazutense se dio la vuelta, y apenas lo miró se estrecharon con fuerza. Luego se sentaron entre los escombros.

—Nunca podré agradecerte —dijo Vulgho—. Supe lo que te hicieron.

—No es nada —comentó, y la frase salió lenta y pesada de sus labios.

—Todos estos días he deseado buscarte, pero temo empeorar las cosas.

—No hay manera de empeorarlas.

—Si tú lo dices.

Guardaron silencio por unos minutos, hasta que Eto dijo: —Supe que tienes un nuevo comedor.

Vulgho lo miró y la pequeña rajada negra de sus ojos se abrió un tanto. Meneó la cabeza.

—No. No te permitiré que te arriesgues. No te quiero ver ahí.

—He investigado. Sé dónde está. Además, tengo entendido que te falta un cocinero. Y yo puedo llenar ese puesto.

—Estas loco ¿qué ganarías...? ¡Lo que te hicieron te marcó para siempre! Ya no puedes saborear la comida; ¿de qué sirve...?

Eto meneó la cabeza, sintiéndose incomprendido. Sonrió con tristeza.

—¿Dejarías de cocinar si te pasara lo que a mí?

Su amigo no le respondió.

—Tú mejor que nadie deberías saber que no lo hago por el sabor.

Vulgho lo pensó un instante. Poco a poco fue cambiando la expresión de su rostro, hasta que afirmó con un leve gesto de su cabeza.

—Te espero en unas horas.

Le dio un par de palmadas y se despidió, mientras Eto sentía que su vida volvía a cobrar sentido.

© SUE GIACOMÁN VARGAS, enero de 2006

SUE GIACOMÁN VARGAS
(Estados Unidos Mexicanos —1977—)

Diseñadora gráfica, escritora e ilustradora publicó un cuento en el n° 2 de **NM**, la tapa del n° 3 y, por supuesto, no podía dejar de figurar en esta entrega.

EL CRIADERO

FERNANDO BONSEMBIANTE

*Y, en efecto, tenemos que cambiar,
no superficialmente, [...]
sino que tenemos que producir una mutación
radical en la estructura misma de la propia mente.
(JIDDU KRISHNAMURTI)*

Alejandro barría el piso con dedicación. Ya había limpiado casi todo el pasillo entre las jaulas y lo próximo que le tocaba era baldear un poco; con eso iba a terminar el trabajo del día. Se acercó a una de las jaulas. La bestia lo miró con sus ojos de vaca, por un rato. Alejandro pensó que esa tarde libre que tenía era ideal para ir al hipódromo, pero enseguida cambió de idea. Últimamente había desarrollado un nuevo vicio donde gastar su dinero.

Era raro; antes de empezar a trabajar en el criadero, ni siquiera sabía que existía. Ahora estaba planeando con anticipación ir al edificio que estaba en pleno centro de Nueva Chicago, Marte.

Ahí no era demasiado distinto al hipódromo. También estaba lleno de gente, todos con aspecto de apurados, como si estuvieran haciendo algo importante. Y así era. Las pizarras cambiaban de números, a toda velocidad, y la gente que las miraba cambiaba de estado de ánimo sincronizadamente con ellas.

“Sincronizadamente”; qué palabra más extraña. Alejandro nunca había terminado la primaria. Apenas sabía leer. Pero ahora pasaba el tiempo que no estaba trabajando, o jugando a la bolsa, en la biblioteca. Leyendo libros que no entendía en absoluto. No podía evitarlo. Ya le había pasado despertarse en el medio de la noche y entrar a la biblioteca pública municipal, quedarse hasta casi la hora de ir a trabajar hojeando libros que no entendía. La maestra de primaria le había dicho a su madre que Alejandro jamás iba a poder llegar a nada. Deficiencia mental. Ideal para trabajos manuales. Nunca le había importado mucho esa explicación. Para barrer el piso no se necesitaba saber leer.

En los últimos tiempos iba mucho al banco. Había abierto una cuenta y no estaba muy seguro de cuánto tenía depositado. Todo lo que sabía era que al principio los empleados del banco se burlaban de él, porque iba vestido con su ropa de trabajo, por su forma de hablar. Ahora le decían “se-

ñor” y le ofrecían café o le daban lapiceras o billeteras de cuero de regalo. A pesar de que seguía yendo con su overol sucio, el único que tenía.

Ricardo —por su parte— también tenía problemas de aprendizaje. Trabajaba alimentando a los animales. Sacaba de un silo, con un balde, cantidades de alimento balanceado, y los repartía en las jaulas. A la noche recorría en su camioneta los restaurantes de la zona y se llevaba la basura, que le tenían preparada en bolsas de plástico. La empresa dueña del criadero, Franco e Hijos, le pagaba a los restaurantes por su basura. Las criaturas comían cualquier cosa y si les daban solamente alimento balanceado se deprimían; les gustaba la variedad. A veces se cruzaba con Alejandro en la bolsa de comercio, pero casi no hablaban. Pasaba su tiempo libre en Internet, leyendo páginas increíblemente aburridas que no entendía. También, a través de la red, operaba con las bolsas de la Tierra, especialmente con la de Tokio y la de Tonga.

El representante de Intocable Incorporada entró en la oficina del director del criadero. El señor William Franco III había heredado el negocio de su padre, que a su vez lo había heredado de su abuelo, y así hasta el mítico capitán Franco, uno de los primeros terrestres en llegar a Marte, el descubridor de los *wubs*.

—Necesitamos más producción —largó casi sin saludar.

—Muy bien, señor Kent. A nosotros también nos gustaría poder venderles más, pero es imposible.

—Le podemos pagar el doble.

William sonrió. —No es un problema de dinero...

—¿El triple? —La voz de Kent ya era casi un ruego.

—No es un problema de dinero... Ya sabe lo difícil que es matar un *wub*. Casi imposible. Justamente ese hecho es lo que le da tanto valor a su piel. En realidad nunca mueren. La piel del *wub* sigue viva después de la muerte del animal. Todos los órganos siguen vivos. Por eso algunos se usan para trasplante. Incluso la carne del *wub*, aunque la coma... Bueno, la persona que la come... Los estudios no son conclusivos, en realidad...

William se calló por un rato. —En definitiva, el *wub* muere cuando quiere, y no cuando queremos nosotros. Tenemos cientos de miles de *wubs* para poder venderles a ustedes unas docenas cada algunos meses... Por suerte, el mantenimiento de tantos animales no es demasiado caro...

—Tenemos pedidos para dentro de dos años o más, al ritmo que ustedes producen. Incluso la mayoría paga por adelantado aunque el *wub* de donde vamos a sacar la piel que vendimos está todavía vivo. Estamos dispuestos a ayudarlos a investigar los *wubs*, para tratar de aumentar esa producción.

William pensó un rato. —Bueno, quizá sea una buena idea, aunque, no creo que puedan mejorar lo que estamos haciendo nosotros. ¿Quiere acompañarme y conocer el criadero?

Kent suspiró. Era lo que quería desde un principio.

El edificio era sólo uno de los incontables galpones llenos de *wubs*. Era una pequeña ciudad de jaulas, con pasillos de ambos lados: uno para los cuidadores; otro para que los *wubs* pudieran visitarse los unos a los otros. Habían tratado de poner en cada jaula un macho y una hembra, pero no servía; necesitaban más libertad. Cada pareja se formaba y se separaba según el capricho de los animales. Por momentos no sabían muy bien quién mandaba; si los criadores o los *wubs*. De cuando en cuando, uno aparecía muerto. Ese animal era el que usaban para cuero, para vender su carne y sus órganos. Si trataban de matarlos, no podían; la piel parecía impenetrable o se regeneraban a gran velocidad.

—Éste es Alejandro, uno de nuestros empleados. —William señaló al barrendero, quien estaba de pie, apoyado en su escoba, mirando fijamente a un pequeño grupo de *wubs* reunidos en una jaula.

—No parece muy trabajador —dijo Kent.

—Ése es otro de los misterios de estos animales. Quien trabaja con ellos termina adoptando algunas de sus características. Eso de quedarse quieto con la mirada perdida. Como una vaca. Sin embargo, cumple con su trabajo a la perfección. Tarda un poco más de lo que nos gustaría. Pero, si lo reemplazamos (ya lo hicimos muchas veces), el nuevo empleado hace lo mismo a los pocos meses de convivir con los *wubs*...

—Hey, vago: se te paga por trabajar, no por mirar —le dijo Kent al empleado. No lo hubiera dicho de ha-

ber sabido que Alejandro era accionista mayoritario de Intocable Incorporada, además de ser dueño de gran parte de Libros Obelisco y de dos canales de televisión. Pero, ¿quién sospecharía que alguien que vivía limpiando excrementos de *wub* era millonario?

El jefe del departamento de investigación entró en la oficina de Kent.

—Tenemos algo para informar —dijo. Después de meses y meses sin novedades, al fin había algo.

—Dígame, ¿qué encontraron?

—Al final, la idea de estudiar a los empleados fue buena. Aunque usted se oponía...

Kent disimuló su enojo. —La idea es descubrir los secretos de los *wubs*...

—Sí, pero descubrimos algo impresionante. La actividad mental de los empleados. Es increíble. Especialmente cuando están en esa especie de trance, mirando a los *wubs*...

—¿La conclusión? —Kent no quería disimular la ansiedad.

—Actividad mental inusual. Demasiado alta para su nivel de inteligencia. Se vuelven más y más inteligentes cuanto más tiempo pasan con los *wubs*. Tenemos a uno de los empleados, a Alejandro, en nuestro laboratorio. Me gustaría que lo viera.

Los dos fueron al laboratorio donde Alejandro estaba todavía conectado a los aparatos que habían usado para sus tests. También tenían un *wub* que estaban usando para los experimentos.

—Lo que iba a mostrarle —dijo el investigador— es nuestra próxima idea para investigar: vamos a tratar de hipnotizar a Alejandro; a ver qué puede de-

cidos. —Puso un objeto brillante frente al empleado, quien aceptaba obedientemente todas las pruebas. Al rato de recitar las palabras hipnóticas, le dijo a Alejandro que recordara el momento en el que estaba delante de los *wubs*, que le dijera sus sensaciones.

En ese momento el *wub* habló: —Buenas tardes. Mejor pregúnteme a mí.

La sorpresa de los hombres fue mayúscula. Hacía mucho, mucho tiempo que un *wub* no hablaba.

—Les voy a decir. Éste es un plan para cambiar la realidad de la gente. Nuestra raza, los *wubs*, nunca estuvo mejor. Somos muy perezosos para dedicarnos a la tecnología como ustedes. Pero vemos que tiene sus ventajas. Estamos cómodos en el criadero. Tenemos tiempo para meditar, no debemos buscar comida, podemos descansar más y discutir ideas que nos interesan. Otros seres se ocupan de nosotros. Estamos mejor alimentados, más cuidados, libres de los predadores. La naturaleza nos dio una gran ventaja con respecto a otras formas de vida; tenemos eso que ustedes llaman la “inmortalidad del *wub*”. Aunque todas las formas de vida pueden tenerla. Es lo que queremos. Que todas las formas de vida sean como nosotros. Que la muerte desaparezca del universo.

”Lo que nosotros logramos lo queremos para todos. El precio es insignificante; ustedes lo llamarían estanca-

miento, aburrimiento, decadencia. Es cierto, una vez conseguida la inmortalidad no hay nada más que hacer. Sólo pensar, descansar, comer, discutir de temas abstractos. Una vida ideal para un *wub*; una vida aburrida para un humano. Por eso tomamos la mente de estos empleados que nos cuidan, para poder comprar las empresas, dominar la forma de vida humana a través del mismo sistema que usaron en la Tierra por siglos con éxito: la economía. Ahora somos dueños del criadero. Somos dueños de Intocable, la empresa donde estamos ahora. Somos dueños de cientos de medios de comunicación, empresas de alimentos, fábricas. La idea es cambiar la naturaleza humana de a poco; tenemos paciencia. —Los humanos solamente podían mirar al *wub* con expresión bovina.— Y ahora somos los dueños de sus mentes. No podemos permitir que este secreto salga a la luz hasta que completemos nuestro plan. Ahora vuelvan a trabajar.

Kent volvió a su oficina y llamó al director del criadero: —Sí, lo estuvimos charlando con los accionistas. No es necesario aumentar la producción. Sí, un producto escaso siempre es más valioso. Vamos a reestructurar nuestra estrategia comercial. No, no se preocupe y gracias por todo.

© FERNANDO BOSEMBIANTE, 2006

FERNANDO BONSEMBIANTE
(Argentina—Castelar, 1966—)

Otro colaborador habitual de **NM**. Luego de la ciencia ficción “dura” que ofreció en el n° 2, nos trae ahora un cuento-homenaje.

LA ARAÑA TIENE PATAS CORTAS

HERNÁN DOMÍNGUEZ NIMO

No es un ruido. No es una luz hiriente. Es un perfume familiar lo que me despierta, lo que agita mi memoria y enturbia aguas que nunca llegaron a estar quietas.

Percibo mi propia afición a este aroma aun antes de recordar a quién pertenece.

Es de Marcia, claro.

Abro los ojos, todavía ciegos; miro sin ver. El perfume anuncia una presencia que no se concreta.

Es como siempre fue Marcia: cercana pero inalcanzable. Imposible de asir, como un esquivo diente de león flotando en el viento. Como el polen de una maldita flor venenosa.

¿Muerto?

¿Estoy muerto? ¿Por eso mis sentidos se desvanecen?

Sin un cuerpo no hay sentidos, ¿no? Sólo consciencia.

¿Qué es ese perfume entonces?

¿Sólo un recuerdo? Quizá un fantasma que mi memoria deja escapar por alguna de sus heridas.

Todo terminó.

No. Es ridículo. Todo terminó hace seis años. Cuando se fue Marcia.

Cuando llegaron *ellos*.

El golpe en la cabeza me despabiló. Otro bandazo como ése y yo me desnucaría contra el acrílico de la burbuja. O se desarmaría el triclotomotor. Instintivamente me llevé la mano a la máscara, para asegurarme de tenerla puesta. Una burbuja con fisuras era muy poco deseable.

Las calles estaban cada vez peor. Incluso las del centro de la ciudad. Las de la periferia eran intransitables desde hacía tiempo. Sólo un *hover* hubiera podido moverse por ellas, pero hace rato que no circulaban. Demasiado polvo revuelto.

La culpa de los baches era del Gobierno, que se preocupaba más por conservar su statu quo que por hacer algo por los que aún permanecíamos en la Tierra. Era verdad que a mí me pagaban por mantener la calle libre. Pero si los araña se hubieran limitado a atacar los barrios pobres ni siquiera se habrían preocupado por ellos.

Esta vez era distinto, me decía. Era Giancarlo quien me había llamado. La primera vez desde que me había metido a trabajar con el Gobierno. Y eso era mucho tiempo. ¿Qué sería tan importante como para hacer que me llamara? En fin, nunca fui muy aficionado a las adivinanzas. Pronto lo sabría de boca del propio mafioso.

Estacioné el vehículo en la puerta del hotel Plaza y volví a comprobar el estado de mi máscara antes de despresurizar la burbuja y bajar.

El guardia de la puerta me hizo señas de alto.

—Soy Rivera —dije por el micrófono de la mascarilla—. Giancarlo me llamó.

El guardia asintió e hizo señas de que podía usar el ascensor, que funcionaba bien. Le mostré el pulgar levantado y entré. Era increíble cómo las alergias habían fomentado el desarrollo del lenguaje por señas. No todos podían pagarse una máscara sónica como la mía.

El edificio conservaba su majestuosidad a pesar de las alfombras y cortinas ausentes, de los bronce opacos por falta de lustre. Seis años atrás, era imposible imaginar que un mafioso de bajo rango como Giancarlo usara este hotel céntrico como cuartel general. Yo le había hecho varios trabajos cuando él aún regentaba un “puticlub” barato en Berazategui. Pero muchas cosas cambiaron en estos seis años; sí, señor.

El *lobby* estaba completamente desierto, a excepción de tres matornes que jugaban a las cartas en una mesa baja de mármol. Me saludaron con sendas inclinaciones de cabeza

apenas me vieron. Respondí con un leve ademán mientras pasaba de largo por la recepción vacía, esquivé un carro de bronce para equipaje y enfrenté los ascensores.

“Use éste” decía un cartel en el ascensor del medio. Presioné el botón, dudando del resultado, pero en la tecla se encendió una luz roja. El indicador de pisos no funcionaba, pero un momento después una campanilla anunció el ascensor y las puertas se abrieron.

Un ascensorista armado me recibió. Yo casi esperaba ver el traje rojo y dorado en lugar del antialérgico. Por suerte no fue así, porque me hubiera costado refrenar la carcajada. No es bueno reír dentro de una mascarilla.

En silencio, el ascensorista me preguntó si iba a ver a Giancarlo. Asentí y recuerdo que me pregunté qué pensaría el “capomafia” si supiera que la seña para su nombre era la de una barriga prominente.

Giancarlo estaba en el piso superior del Plaza, claro. Pero si años atrás había una lectura de estatus en ello, ya no era así. Cuanto más arriba, menos humedad. Así de simple.

Salí del ascensor y dos guardias me detuvieron. Les entregué mi Bereta, pero igual me revisaron antes de permitirme entrar.

Un chorro de aire a presión me despeinó. Seguí el túnel de PVC que conducía al centro de la habitación, donde el viento frío y seco que soplabla de frente limpió mi cuerpo de esporas y microorganismos. El final del túnel era una gigantesca burbuja aséptica que abarcaba casi todo el

living de la *suite*, incluyendo un enorme colchón inflable en el centro, bajo la luz directa de decenas de lámparas dicroicas.

Giancarlo estaba allí; su prominente barriga relucía como una ballena encallada. Estaba desnudo, muy bronceado, y no llevaba mascarilla. Mi mirada debió dejar traslucir sorpresa, a pesar de mí.

—El clima seco no es bueno para los ácaros, ¿sabías, Rivera? —me dijo Giancarlo y me hizo una seña para que me desvistiera y me acostara en el lugar que me dejaba libre.

Yo me acomodé en un sillón de respaldo alto que había en un costado. Ni el frío seco era garantía. Los malditos mutaban; se adaptaban demasiado rápido. Se decía que invadían los desiertos y el Himalaya. Que cualquier elemento orgánico les servía de nutriente. Que, cuando pudieran alimentarse de arena y agua, terminarían por consumirlo todo hasta que sólo quedara una montaña de ellos, devorándose entre sí. Se decían tantas cosas...

Seis años atrás, el mafioso me hubiera invitado enseguida con uno de sus puros baratos. Ya no. Ya nadie fumaba. Por lo menos nadie que quisiera seguir vivo. El humo irritaba demasiado las mucosas, abriéndole la puerta de entrada a la sinusitis.

—Al menos podés quitarte la mascarilla, Rivera. Este ambiente es seguro. Además de los deshumidificadores, hay bombas sónicas y filtros HEPA.

—Estoy bien así —a través del micrófono mi voz se parecía a la de un antiguo villano de película del espacio.

Cambié el apoyo de mi espalda, buscando una posición más cómoda, pero en un sillón de plástico rígido no existía nada parecido. Lo que más se extrañaba de los viejos tiempos eran las almohadas y los tapizados.

—Como quieras —el mafioso se estiró a sus anchas en el colchón de aire—. Hace mucho que no nos vemos, Rivera. Y eso que el mundo es un pañuelo, ¿eh? —Hizo una pausa, esperando en vano que le festejara el chiste.— Últimamente estás muy ocupado, ¿eh?

—Los araña avanzan.

—Sí, ¿eh? Y avanzan muy rápido. —Giancarlo me guiñó un ojo, cómplice.— Por suerte estamos nosotros para mantenerlos a raya, ¿eh?

—¿Por qué me llamaste, Giancarlo? Sabés que estoy con el Gobierno ahora.

—Es cierto. Y por eso justamente te llamé, ¿eh? El trabajo no es para mí. Es para un viejo conocido, que me pidió que hablara con vos.

No hacían falta más explicaciones.

—Ortiz.

—¡Bingo!

Me levanté para meterme otra vez por el túnel de entrada. Iba por la mitad cuando me llegó la voz de Giancarlo.

—¿No querés saber por qué acepté hablar contigo? Ortiz no es amigo mío, ¿eh? Vos sí.

—No, gracias —dije, obviando decir que no tenía ningún amigo. Giancarlo tampoco.

—¡Marcia! —gritó el mafioso, su voz casi fuera de alcance.

Fue suficiente, claro: me detuve y volví unos pasos atrás, hasta la boca del túnel.

—¿Qué pasa con ella? —pregunté, aunque la respuesta era obvia.

—Marcia es el blanco.

Como un nadador con una roca atada a su cintura, vuelvo a asomarme a la superficie brumosa del lago de la consciencia.

¿Estoy aquí todavía? ¿El ascenso final depende de mí?

Quizá no estoy muerto, después de todo. Quizá sólo estoy en coma, en algún tipo de estado catatónico.

Como cuando Marcia se fue.

Seis años atrás. El final de todo.

¿Qué fue primero?

No recuerdo. La memoria me muestra los dos sucesos al mismo tiempo. Quizá se presintieron uno al otro.

Marcia y los ácaros.

Marcia y las alergias.

¿Por qué me abandonaste, Marcia? Sigo sin saberlo.

¿Por qué llegaron ellos? Quizá para ocupar el lugar que ella dejaba.

Hay miles de teorías. Certezas, ninguna.

Dijeron que el calor y la humedad globales, exacerbados por los desajustes climáticos, habían generado el terreno propicio para su evolución a un nuevo nivel.

Ya no se trataba de excepciones, de una almohada sacudida, del polvo de un viejo armario o de un libro añoso. Las alergias ganaron terreno, todas las batallas.

Los ácaros, pequeños invasores invisibles, hicieron sentir su presencia a cada momento, transmitiendo enfermedades que se volvieron pandémicas. La rinitis, la sinusitis y la encefalitis

pasaron de ser responsables de dolores de cabeza y de muelas a ocasionar la muerte de muchas, muchas personas. Fiebres que la gente ni sabía que existían tuvieron su momento de fama tan efímero como la vida de los millones a los que afectaron. Las fiebres hemorrágicas, la fiebre recurrente endémica, la fiebre manchada de las Montañas Rocallosas, la fiebre botanosa, la fiebre siberiana, la fiebre del Colorado, la fiebre Q, la fiebre *tsutsugamushi*, el tifus de Queensland, el tifus de los matorrales, la enfermedad de Lyme.

Todo lo que tiene que ver con el hombre fue afectado. Las epidemias aniquilaron el ganado y los animales domésticos. Los ácaros infectaron y destruyeron los cultivos, todas las cosechas almacenadas.

Los expertos culparon a los cambios que el propio hombre introdujo en la construcción de edificios; el uso de aspiradoras y aires acondicionados; los sistemas centralizados de ventilación y calefacción. Pero todo eso existía desde hacía muchos años y no explicaba el recrudecimiento de la situación.

La teoría popular —¿cuántas veces la oí de labios de Marcia?— era que, cansada de tanto abuso y descuido, la Tierra finalmente se había rebelado, dando rienda suelta a los anticuerpos que por décadas había estado incubando tímidamente.

En medio de la locura y el pánico exacerbado, ni la razón era importante. La gente entendió que era el momento de correr para salvar la vida. Todos los navíos espaciales disponibles fueron parte de la emigración en

masa a las colonias activas, que dejó a la Tierra prácticamente vacía.

Pero algunos quedaron. Los pobres, que siempre pagan los platos rotos de la humanidad, morían lentamente junto con la civilización de la Tierra, incapaces de solventarse un viaje de salida. Algunos ni siquiera pudieron llegar a las playas, donde el clima seco mitigaba el efecto de las alergias.

Y los rufianes de siempre, rapiñando a sus anchas en un mundo vacío, porque ni aun después de semejante cataclismo pudo el planeta descansar en paz.

Todos nadando en materia fecal —montañas de mierda— de ácaro.

Entonces aparecieron ellos. *Arthropodos chelicerados*, los llaman los ministros del Gobierno. La gente les dice los “araña”.

Según el Gobierno, se trata de mutaciones de los ácaros —las epidemias educan: ahora todos sabemos que arañas y ácaros son hermanos artrópodos—, enormes saltos evolutivos que les posibilitaron, en lugar de debilitar hasta la muerte a su huésped humano, dominarlos mentalmente. Yo nunca pude comprender cómo es posible, pero el resultado está a la vista: hombres y mujeres que enloquecen repentinamente y empiezan a asesinar a mafiosos y agentes del Gobierno, a atacar instalaciones fabriles y depósitos de alimento. La guerra total contra el ser humano.

Mi tarea es encontrar y liquidar a los araña.

A Marcia.

Pero ya todo terminó, ¿no? Soy yo quien engrosa su lista.

Lo más gracioso —¿puede uno reírse sin mover la boca; sin saber si tiene boca?— es que, a pesar de mi trabajo, nunca los veo de cerca. El Gobierno advierte sobre el contagio y yo prefiero acechar de lejos, apenas el tiempo necesario. Un rifle con mira telescópica; un disparo preciso. Y luego explosivos detonados a distancia. No deben quedar restos, ésa es la directiva. Y a mí me ahorra el disgusto de tenerlos cara a cara.

Algunos dirán que soy cobarde. Que lo que no me gusta es enfrentar la realidad. Ya me lo dijeron muchas veces, durante toda mi vida.

Pero no es eso. Es la muerte lo que no me gusta enfrentar.

Y, como si quisiera confirmarlo —mi propia muerte—, mi conciencia vuelve a hundirse en las aguas, ahogándome en el olvido.

Di una gran vuelta antes de llegar a casa, pues tenía mucho que pensar. Mucho acerca de una sola cosa.

Marcia.

Oh, Marcia, Marcia.

Pronunciaba el nombre mentalmente, una y otra vez mientras manejaba el triclomotor por Leandro Alem. Quizá para quitarle esa cualidad sucia que le había quedado impregnada al salir de la boca del mafioso.

Marcia.

“Hace mucho que no pienso en ella”, le había dicho a Giancarlo.

Mentira. Pensaba en ella cada mañana que despertaba solo. Más aún por las noches. En seis años todavía no habían pasado mis quinientas noches.

Seis putos años. El mundo se había ido a la mierda en muy poco tiempo. La vida de muchos se había ido por el inodoro —literalmente—. Muchos otros, los que podían costearse el viaje, habían escapado a las pocas colonias habitables. Los que no podían costearlo, sobrevivían como podían. Y, como siempre, estaban los buitres como Giancarlo, ensañándose con los despojos de los sobrevivientes, gente que tenía plata para pagarse la salida pero que no quería resignar su posición. Tiburones de piletta que no querían convertirse en peces de mar. Muchos del Gobierno estaban entre ellos.

Yo ni siquiera era eso, un tiburón. Era una insignificante rémora, adherida a los peces grandes, alimentándome de sobras.

Marcia. Marcia debió presentir ese destino cuando me dejó.

Sí, quizá había sido eso. Aunque ésa era la razón probable número doscientos que se me ocurría. Y cada una me parecía la correcta al descubrirla. Yo era poco profesional, poco ambicioso, muy desordenado, amante aburrido, interlocutor monótono, demasiado callado, gritaba mucho. Yo era todo. Y nada.

Entre todas esas cosas, la única causa que nunca podía figurar en la lista era que fuera asesino a sueldo. Sólo porque Marcia también lo había sido.

Ahora era un araña. O por lo menos eso decía Ortiz.

Sólo la presencia de la mascarilla pudo reprimirme el impulso de escupir sobre el nombre. Ese hijo de puta era uno de los más pesados del actual Go-

bierno. El ministro de Salud y Control de Alergias, si mal no recordaba. Lo único que hacía era engordar su cuenta bancaria mientras la poca gente que quedaba moría en las esquinas.

Ortiz. Unos años atrás era un auténtico don nadie; intendente de Lanús, me parecía. Y ahora se creía con tanta autoridad como para decir que mi mujer era un araña y que intentaba matarlo.

Suspiré, empañando apenas la mascarilla. Había empezado con el nombre de mi ex mujer en la cabeza y ahora tenía el de un sucio político. Qué mal estaba el mundo.

¿Por qué había aceptado el trabajo?

Todavía la amaba —todavía la amo—. ¿No era contradictorio aceptar un encargo para matarla?

Supongo que sí. Pero lo que realmente me había repugnado era la idea de otro haciendo ese trabajo, metiéndose con Marcia. ¿Acaso la muerte no es algo tan íntimo como el sexo?

Apenas me llevó un par de minutos atravesar el bajo de la ciudad y en todo el trayecto no crucé ni un solo auto. Ni un solo peatón. Ése era un paisaje habitual entre las cinco y las diez de la mañana —excepto los días de lluvia—, hora pico del polen. Pero ese mediodía el Weather Channel había anunciado un recuento de 1200 granos y esporas por metro cúbico. Ninguna máscara podía hacerte sentir seguro con esa marca. No podía entender cómo seguía subiendo luego de la deforestación feroz que el Gobierno había hecho.

El viento, sin duda. El maldito viento.

El semáforo que tenía delante se puso rojo. Algunos aún funcionaban, pero a nadie se le ocurría respetarlos. Doblé en Brasil y, cuando iba a empezar la Avenida Pedro de Mendoza, cambié de opinión y subí a la autopista.

Mientras pasaba de largo, contemplé mi casa desde la vista elevada. Era un edificio que me había cautivado desde niño, como todos los de la antigua Compañía Eléctrica Ítalo-Argentina, con ladrillo rústico a la vista. Sólo que éste ocupaba una manzana entera. Antaño había alojado a la Usina de Música de la Ciudad. Yo siempre había deseado tener un *loff* amplio y, en lugar de buscarlo en el centro o en Palermo, como los casi diez mil habitantes de la ciudad, no me había resignado a abandonar los barrios de mi infancia: La Boca, San Telmo, Barracas. Tres suburbios con sueños de república. Si hubiera alguien para hacer un censo, de seguro confirmaría que yo era el presidente y único habitante de La Boca.

Dejé que la pantalla y el altavoz me recitaran los datos del informe. Por suerte, Ortiz había elegido una voz genérica y no la suya.

Un estúpido sentimiento de orgullo me embargó al enterarme de que Marcia no sólo había liquidado a unos cuantos empleados del ministro —el miedo del funcionario tenía razón de ser—, sino a los cuatro asesinos enviados a buscarla.

Atravesé el Riachuelo, inmune —en la burbuja del “triclo”— a su vaharada tóxica, y continué por la autopista hasta después de las abandonadas casillas de peaje. Allí retomé por el

viejo acceso sudeste hasta llegar a un sector de ruinosos monobloques.

Luego de rodear una plaza sin vestigios de verde, estacioné el vehículo junto a la entrada de uno de los edificios. Entre los datos que me había proporcionado el mafioso se hablaba de esta zona como una de sus posibles madrigueras. Un poco de inspección rutinaria no me vendría mal para ahuyentar fantasmas.

En el depósito delantero del triclotomotor tenía todo mi equipo. Dejé el rifle de precisión que solía usar y me colgué del cuello una metralleta automática y el escáner infrarrojo. Quería hacer un trabajo rápido.

El paneo por los tres primeros edificios fue negativo. Pero en el que tenía a mi espalda había un cuerpo que despedía calor, el único en varias manzanas a la redonda. Era probable que la mujer —Marcia, no una mujer cualquiera; maldita sea, podía ser Marcia— se hubiera atrincherado allí para ver cuando alguien llegaba. Pero en la imagen del escáner el cuerpo se hallaba en posición horizontal. Si estaba durmiendo, la ventaja era mía.

Esperé un minuto y repetí el escaneo. La comparación automática de lecturas descartó la opción de un cadáver enfriándose.

Si hubiera hecho caso de mis ganas, si me hubiera metido en el “triclo” para volver a la ciudad, nada de esto habría ocurrido. A diferencia de los trabajos habituales, no me animaba la perspectiva de enfrentarme a este araña. Es comprensible, ¿no? No todos los días puede tratarse de tu ex mujer, de la que aún estás enamorado hasta el caracú.

La necesidad de terminar con todo, de despejar las dudas, me decidió. Cerré el vehículo y entré al viejo edificio de departamentos con paso apurado.

Un rápido vistazo me permitió descubrir que no había ascensor, que había ocho departamentos por planta, y que Marcia estaba en el último de cuatro pisos. Subí de dos en dos los interminables escalones de mármol desgastado y manchado. Mi mente divagó, imaginando que, con el uso que tendrían de ahí en más, para lograr semejante desgaste deberían pasar dos o tres milenios.

La escalera seguía subiendo —la terraza, supuse— pero me interné por el pasillo. Las paredes y el techo estaban invadidos por humedad y moho de diversos colores, todos oscuros. Algunas puertas estaban abiertas, colgando apenas de las bisagras. El saqueo no había perdonado ni los barrios pobres de la ciudad.

Marcia estaba en el segundo, no, en el tercer departamento de la derecha. La imagen en el escáner la mostraba aún dormida, recostada en el piso. Comencé a sentir una ligera inquietud. Marcia nunca había tenido el sueño tan pesado.

La puerta de este departamento sí estaba cerrada. No me anduve con vueltas: le di una patada y la madera apolillada se desprendió de las bisagras. La puerta cayó plana sobre el piso, levantando una enorme nube de polvo y no pude evitar el gesto instintivo de taparme la nariz. Al toparme con la mascarilla, bajé la mano.

El cuerpo estaba en mitad del *living*, sobre un colchón que descansaba en el

piso. Si el ruido no la había despertado, algo andaba definitivamente mal.

Me acerqué —a mi pesar— y giré el cuerpo, que hasta entonces me había estado dando la espalda. Era un hombre. El rostro estaba pálido y tembloroso, las mejillas hundidas y los ojos casi fuera de sus órbitas. Hilillos de baba goteaban de boca y nariz y se deslizaban por encima de costras amarillentas de mocos viejos, colgando hasta caer en el colchón sucio y húmedo de fluidos. El pecho subía y bajaba al compás del silbido tortuoso y cavernoso del aire que escapaba de sus bronquios estrangulados.

Un alérgico en su fase terminal.

Pensé que estaba inconsciente pero los ojillos me miraron, asustados. No se movía porque tenía los músculos tensos como cuerdas de guitarra, trabados en un calambre constante ocasionado por la tos y los estornudos ininterrumpidos.

En ese estado era difícil que hubiera podido subir los cuatro pisos hasta allí.

Mis ojos se desviaron hacia el cartel que el hombre —el despojo humano— llevaba prendido en una solapa; el papel atravesado por un alfiler de gancho.

“Estoy aquí por mi propia voluntad y todo lo que suceda será mi responsabilidad”.

Era una trampa.

Lo solté y corrí hacia la puerta de la habitación.

La explosión me sorprendió cuando salía y me levantó, estrellándome contra la pared del pasillo.

Tengo un sueño.

¿Puede llamarse sueño si ya perdí la capacidad de despertar?

¿Importa?

En mi sueño, descubro que las almohadas, los libros, las cortinas, ya no son lugares en los que se esconden los ácaros.

Son ácaros.

Millones de ácaros, unidos entre sí, formando cadenas infinitas, adoptando las formas familiares del mobiliario para engañarme, para rodearme. El mundo entero es un simulacro. Sin que yo lo note, todo ha desaparecido, devorado por miles de millones de estas criaturas.

Sólo yo permanezco, como una curiosidad.

Marcia entra por la puerta —miles de ácaros girando sobre bisagras de ácaros— y me da un beso en la mejilla. La miro con atención y descubro la textura indefinida, ácaros inmóviles, uno sobre otro, para crear la ilusión de su tersa piel.

Abre la boca pero no oigo lo que me dice; sólo percibo los monstruos reptando en el interior de esa caverna. Imagino hebras de ácaros vibrando en cadena para imitar cuerdas vocales humanas. El recuerdo de sus besos introduciendo su lengua en mi boca, como la plancha de abordaje de cientos de invasores...

Es demasiado. No quiero ver esto. Me digo que nunca lo viví, que sólo es una pesadilla. Me hundo para escapar de ella.

Me despertó el dolor de mi propia respiración. Me había roto o fisurado alguna costilla, porque cada inspiración era un suplicio. También me dolía

la cabeza —tenía un tremendo chichón en un costado— y la mano sobre la que había caído el peso del cuerpo, pero no era nada comparado con lo de las costillas. El traje *spyder* que llevaba debajo de la ropa de calle —esta vez el nombre no me causó gracia— estaba rígido en casi toda su extensión. Me llevó un buen rato presionar los lugares correctos para devolverle su flexibilidad e incorporarme.

Me asomé al departamento. Estaba hecho una ruina. Por suerte para mí —el *spyder* no es indestructible—, la pared había absorbido la mayor parte de la explosión. La mancha negra del piso tenía su epicentro en donde había estado el pobre diablo. No quedaba nada de su cuerpo ni del colchón.

Sólo entonces, al revivir la imagen del enfermo terminal, me di cuenta de que yo no tenía puesta la mascarilla.

La busqué, desesperado. Estaba tirada un metro más allá, en el pasillo. La levanté de un manotazo e iba a ponérmela cuando noté la rajadura en el acrílico templado. Era lo mismo que nada.

Como si se tratara de un síntoma hipocondríaco, estornudé.

Segundos después corría hacia abajo, casi olvidado del dolor que me comprimía el pecho y la espalda, impidiéndome respirar. El sonido sibilante que se me escapaba del pecho, mientras jadeaba en los escalones interminables, me recordó espantosamente al del moribundo.

Al llegar a la calle, la picazón ya se había extendido de la nariz al paladar y la garganta. En unos minutos afectaría las mucosas del oído medio y los ojos. Llegué hasta el “triclo” y rebusqué

en la guantera. Las manos me temblaban y la nariz goteaba mientras insertaba el cartucho en el inhalador. Un estornudo violento lo arrojó de mis manos. Lo levanté y me lo apliqué una, dos, tres veces, en boca y nariz. Era un cóctel de antihistamínicos —que reducían los síntomas alérgicos—, corticosteroides —para combatir inflamaciones de las mucosas internas que pudieran bloquear la respiración— y modificadores de leucotrienos. Cuando la respiración mejoró y la picazón desapareció, me apliqué por las dudas una inyección de antibióticos, para prevenir la sinusitis.

Dejé la pistola inyectora y me puse la mascarilla de repuesto que tenía en la guantera, una común y corriente, pero funcional. Me senté en la butaca del triclmotor y un pinchazo en el costado me recordó las costillas. Me tomé dos supranalgésicos.

La luz del sol asomaba desde el otro lado del edificio. Miré mi reloj. Habían pasado casi cuatro horas desde la explosión. Y nadie había acudido. Esa madriguera hacía rato que estaba en desuso. Este araña rotaba constantemente para estar seguro.

Mientras esperaba que los analgésicos hicieran efecto, volví a revisar los datos en la pantalla del “triclo”. Ni siquiera se me pasó por la cabeza detener la cacería, volver a casa para curarme. Ya se trataba de algo personal.

Aunque no fuera Marcia.

El informe mencionaba también una vieja fábrica de bebidas, muy cerca, en pleno corazón de Avellaneda. Fui hacia allí.

La plaza Mitre estaba desierta, tan despojada de verde como todas.

El tobogán, los “subibaja”, las hamacas permanecían allí. Eso la volvía más triste, más solitaria todavía. Luego de rodearla, avancé de contramano por la Avenida Belgrano —ningún silbato de policía me recriminó la acción— y estacioné junto a la vieja fábrica vacía.

Había una escisión muy extraña entre mi mente y mi cuerpo. La primera flotaba atontada, como una sombra que deriva sobre el agua sin mojarse. El segundo actuaba por reflejo, como si fuera el cuerpo de otro. Como si alguien —un araña— lo estuviera manejando.

Apenas bajé del “triclo”, adiviné de algún modo el resplandor rojizo sobre mi pecho y salté hacia un costado mientras una andanada de tiros se incrustaba en el asfalto. Sin detenerme, giré sobre mi cuerpo y corrí hacia la fábrica desde donde venían los disparos. Pegado a la pared, saqué el escáner. La lectura era clara: un francotirador instalado en alguna de las ventanas del frente.

Marcia, Marcia. El corazón se me aceleró, como si dispusiera de un sensor propio.

Guardé el escáner y me separé apenas de la pared, calculando el momento de entrar en el ángulo de tiro. Había algo que el maldito aparato no podía decirme.

Un par de disparos me saludó y volví a pegarme a la construcción. Sólo pude distinguir una sombra. Imposible saber si era Marcia. Pero, si era ella, debía estar maldiciendo por haber fallado un tiro seguro. Y pensando en ejecutar su plan de acción alternativo.

No debía dejarle la iniciativa.

Me deslicé por la pared, buscando la puerta. Cuando la descubrí, unos metros más adelante, maldije en voz baja. Era giratoria. Un lugar ideal para emboscarme mientras daba vueltas como un idiota.

Apenas después de la puerta había un vidrio templado, aún cubierto por una lámina espejada. Ésa era la mejor entrada.

Sin asomarme, arrojé una andanada de microbarrenos contra el vidrio, que estallaron apenas en un chasquido múltiple. Imposible que Marcia los oyera desde adentro.

La sorpresa era una carta a favor. Pero se evaporaría apenas atravesara el vidrio. Marcia —si era ella; aún no lo sabía, maldita sea— intentaría acribillarme desde arriba y luego, quizá, huiría. Tomé otros dos supranalgésicos, inspiré un poco para acostumbarme al dolor en el pecho, y empecé a correr.

Los disparos comenzaron cuando dejé atrás la puerta giratoria. Salté hacia el vidrio, que se desplomó conmigo hacia adentro en millones de fragmentos y una vez en el piso del interior rodé sobre mi cuerpo mientras astillas de afuera y de adentro se me clavaban en el torso. Me levanté y me oculté tras una columna. Los tiros se silenciaron, sabiéndose inútiles.

Me quedé un momento allí, para recuperar el resuello. No es fácil correr con la mascarilla. El aire parece tardar más en llegar, como un atleta que nunca llega a renovarlo.

No conocía la fábrica pero imaginé que Marcia —si era ella— busca-

ría una madriguera con varias salidas de emergencia. Tenía que apurarme si no quería perderle el rastro.

Consulté el escáner. El francotirador estaba bajando. Pero el movimiento no era un ir y venir por escaleras. Era más bien el descenso lineal de un ascensor. Me atraganté. Difícilmente hubiera ascensores en funcionamiento allí, en esa fábrica muerta.

El descenso se frenaba por momentos y retomaba luego su velocidad, parecía... —sí, decilo— una araña colgando del hilo que fabrica poco a poco...

Salí de mi escondite olvidando el omnipresente dolor de costillas, apenas amortiguado por los supranalgésicos. No pensé en posibles trampas o emboscadas. Tenía que ver quién era. Qué era. Nunca había visto a un araña en acción. Nunca me había interesado saber nada de ellos, más allá de su odio hacia toda la humanidad. Pero por primera vez la curiosidad era más fuerte que el miedo. Quizá ahora su mutación había dado un nuevo salto...

Traspasé la recepción, en la zona de oficinas, a tiempo para ver una sombra deslizándose fuera del hueco de los ascensores y reptar hasta perderse hacia atrás por el pasillo.

Era Marcia.

La verdad me agarró de los brazos y me sacudió.

Marcia.

Marcia.

Cuando salí de mi estatismo y atravesé la recepción, mi mente, obnubilada por el nombre repetido en una letanía, casi no reparó en el hecho de que no había ascensor alguno en ese hueco abierto como una cueva oscura.

Traspuse la puerta al final del pasillo y desemboqué abruptamente en la zona de embotellado de la fábrica, un laberinto abrumador de cintas transportadoras y máquinas inextricables. En la más cercana, cientos de botellas se alineaban a lo largo de una cinta para su ingreso al lugar donde otra máquina las hubiera etiquetado o llenado de líquido. Se habían convertido en cadáveres antes de poder cumplir con el cometido de su existencia. Quizá yo no fuera muy distinto de ellas.

Un revoloteo en el borde de la visión me despabiló. Corrí y me metí en otro pasillo, que avanzaba entre dos gigantescas máquinas, justo en el momento en que Marcia giraba al final de la que estaba a la derecha. Al llegar allí, asomándome con cuidado para evitar una emboscada, descubrí otra puerta que franqueé hasta un amplio playón: la zona de embarque.

La distinguí —oh, Marcia— deslizándose entre dos de los camiones estacionados con su parte trasera abierta, bocas negras esperando inútilmente ser alimentadas por las cintas transportadoras. Entonces salté de la explanada hasta el nivel de calle y miré a través de los vidrios de la cabina de un camión. Marcia se metía en el corredor formado por el paredón de la fábrica y un galpón de depósito. Me lancé tras ella.

El corredor era de tiro tan largo como el galpón, así que, durante unos segundos, ella corrió justo adelante.

Mi corazón trastabilló un latido mientras intentaba acelerar el paso: en la penumbra, su capa se arrebujaba y se sacudía en el aire como un remolino —como una maraña de bra-

zos negros—, y esa imagen me golpeó en la conciencia, dejándome atontado, relajándome el paso sin querer. Cuando Marcia dobló, al final del pasillo, la visión se esfumó y me recuperé, apenas. Apuré la carrera hasta llegar a la esquina y allí me frené en seco.

Marcia no estaba.

El corredor continuaba por el fondo del galpón, un trayecto mucho más corto que el anterior. Pero era imposible que ella hubiera llegado al final en tan poco tiempo. A menos que...

A menos que trepara.

Giré la cabeza para mirar la pared del galpón, esperando ver la sombra allí, agazapada, pegada con sus patas a los ladrillos.

Un foganazo me cegó y el cuerpo se me puso rígido antes de caer de espaldas al piso.

Esta vez, el negro de la inconsciencia deja paso al gris de la penumbra.

¿Dónde estoy? ¿Es mi casa? ¿El departamento de San Telmo? ¿El *loff* de La Boca?

Mi mente, perdida, divaga por los pasillos oscuros de la memoria, intentando asignarle identidad a este pasillo, al que se cierne sobre mí. Son las canaletas de la chapa del techo del galpón las que generan la conexión sináptica.

Es la fábrica de bebidas. Avellaneda. Madriguera de un araña.

Marcia.

Como si la invocara, aparece en mi campo de visión.

—¡Ah! ¡El bello durmiente regresa! —dice Marcia y el sonido de su voz, apenas deformado por el micro-

fono de su mascarilla, demuele seis años de un golpe.

Intento moverme, alcanzarla, convencerme de que no es un fantasma etéreo, y descubro que todos mis músculos están agarrotados, como si un calambre —el de un alérgico terminal— los hubiera tomado por asalto.

Marcia percibe mi intención:

—Ah, ah —niega con la cabeza, la ironía siempre presente; oh, Dios, cómo duele la memoria—. Por un rato no vas a poder moverte.

Veneno, se me ocurre de pronto.

—Sabía que en algún momento iban a enviarte a vos —dice Marcia—. Supuse que te estaban dejando al final, como último recurso. Deben estar quedándose sin asesinos de oficio. Eso quiere decir que estoy haciendo bien mi trabajo.

—Ve... ve... neno —consigo articular. El calambre incluye a los músculos de mi quijada. La voz suena muy apagada dentro de mi mascarilla. Pero en el silencio de este cementerio industrial ella puede escucharme.

—¿Veneno? —Marcia se sorprende por la pregunta.— No, no te puse ningún veneno, Fabio.

En su boca, el nombre despierta ecos en mi mente confusa. El pasillo parece sólo una prolongación de mi aturdimiento. Mi mente oscila entre el pasado y el presente, sin estar muy segura de qué lado estabilizarse.

—La pa... red —logro preguntar—. ¿Cómo... trepaste?

—¿Tregar? —Marcia lanza una carcajada que me vulnera por completo.

Por un instante estoy seguro de que realmente estamos en nuestro de-

partamento de San Telmo; acabamos de despertarnos y yo aún remoloneo en la cama del oscuro altillo. La voz de ella me llega desde el piso de abajo: —Realmente estás fuera de práctica, Fabio. Nunca trepé: bajé.

La visión de la tapa de alcantari-lla que sostiene Marcia me trae nuevamente a la penumbra de una fábrica de Avellaneda.

—Me oculté en los desagües y vos solito te paraste acá, como si quisieras recibir toda la descarga eléctrica —Marcia se agacha haciendo un mohín con los labios.— Pero no creo que tu amor aún llegue a tanto, ¿no, Fabio?

Marcia está ahí, de pie frente a mí. La memoria de toda la persecución vuelve. Y el temor de descubrir la mutación de su cuerpo se hace insop-ortable. La veo como la recordaba —su figura generosa en el traje *spyder*, adherido al cuerpo—, pero estoy seguro de no es más que un simulacro de normalidad, como el de la familiaridad que oigo en su voz. Así como el ácaro que gobierna su cuerpo resulta invisible a los ojos humanos, el cuerpo de araña está agazapado, listo para asomarse. A cada segundo espero que aparezcan nuevos brazos de algún lugar. Quijadas ponzoñosas. Ojos facetados. Algo.

Pero nada sucede. Sólo la duda persiste. Tengo que preguntarle, aunque corra el riesgo de una mentira.

—¿Sos un araña?

—Sí, soy lo que ustedes, explotadores de la Tierra moribunda, llaman “araña” —dice Marcia; una frase que ya había oído y que siempre me sonó pomposa y ridícula, pero no en su boca—. Y estoy orgullosa de serlo.

Me relajo. La verdad, por terrible que sea, es preferible a la incertidumbre.

—Por eso pudiste bajar por el hueco del ascensor... fabricando hilo, tela de araña...

—¿Tela de araña? Bajé en *rappel* por los cables del ascensor —dice Marcia, el ceño fruncido un segundo antes de que su cara mute a la sorpresa y, luego, a la carcajada—. ¿Ese tipo de araña? ¿En serio te creés toda esa sarta de pelotudeces? ¿Lo de los ácaros manejando cuerpos humanos que se convierten en arañas?

Mi silencio es respuesta suficiente.

—¡Claro que te lo crees! —otra carcajada, esta vez casi dolida—. Siempre pensé que lo usaban como simple propaganda... una mentira pública para encubrir sus asesinatos. ¡No que alguien podía llegar a creérsela!

Marcia cierra los ojos, como si realmente le doliera algo.

—Pero de vos no me extraña —dice y ahora me taladra con su mirada—. Siempre creíste en todo lo que te convenía, en todo lo que te hacía la vida más fácil y cómoda.

Un destello de comprensión se enciende brevemente en mi mente.

—Por eso me dejaste... —digo, y un suspiro termina mi frase.

—¿Por eso te dejé? ¿Es una broma? —Marcia parece furiosa por primera vez.— ¡Un día te fuiste, diciéndome que el hijo de puta de Ortiz te había llamado... y nunca volviste! ¡Ni siquiera te tomaste la molestia de llamarme! Supongo que ese hijo de puta te ofreció tu primer trabajo para

el Gobierno y vos pensaste que la mejor forma de salvarte era estando solo.

¿Que yo la abandoné? ¿Qué juego cruel es éste? El aturdimiento no me deja concentrar, buscar la ganancia que Marcia obtendría de esta mentira...

—Supongo —continúa ella— que en eso fue en lo que más me equivoqué: en pensar que tu amor podía ser más grande que tu egoísmo.

Retazos de imágenes, fantasmas de la memoria, amenazan con desplegarse, con revelar la verdad, pero algo dentro de mí —la cordura— se resiste a dejarlos aparecer, para preservar el poco control que me queda.

—Sí... me equivoqué en muchas cosas con vos. Me equivoqué al pensar que eras mejor persona que yo. Pero sólo fuiste mejor en una cosa: en asesinar gente —Marcia se sienta encima de mi pecho, quitándome un poco el aliento; algo filoso como cuchillo se me clava por dentro—. Nunca me gustó Ortiz. Siempre pensé que te rebajabas cuando trabajabas para él. Siempre creí que a la larga lo ibas a entender, lo ibas a ver como yo. —Niega con la cabeza, triste. Extiende la mano y me acaricia apenas la mejilla; luego me quita la mascarilla.— Me equivoqué una vez más.

Lucho contra el pánico.

Incapaz de moverme, sólo puedo contener el aire, mientras mi mente revolotea vertiginosamente alrededor del espanto, como una polilla a punto de caer fulminada por una bombilla. Para alejarme de esta sensación de vacío, intento concentrarme en lo que Marcia dice.

—Hace seis años, cuando el planeta dijo “basta”, era la oportunidad para cambiar nuestra manera de vivir. Casi todos huyeron; quedaba mucho por hacer. Pero, entre los pocos que quedaron, muchos eligieron otra vez la salida egoísta: lucrar con el alma de los pobres diablos que no tenían modo de salvarse.

Cuando la sensación de ahogo es insoportable, dejo que el aire me invada. Sé que no es sólo aire, pero confío en que las dosis que me inculé mantengan a raya los invasores el tiempo suficiente.

Marcia presiona sus rodillas contra mi garganta. Ya no es un juego.

—Y vos elegiste estar de ese lado, trabajando para los hijos de puta que nos exprimen hasta la cáscara como limones machacados con tal de sacar otra gota de jugo. Podrías haberte ido a la Luna o a las colonias. ¿Hace cuánto ya que tenés la plata? ¿Dos? ¿Tres años? Pero preferís quedarte y seguir ensuciándote las manos.

La falta de aire me vuelve a marear. Quiero decir algo, quiero moverme, pero todo lo que veo y percibo comienza a estar envuelto en algodones, como en un sueño pesado. La voz de Marcia me llega desde otro

mundo: —Yo elegí la clandestinidad. Elegí matar por un ideal, no por plata. Me gusta creer que, cuando hagamos bien las cosas, el planeta volverá a aceptarnos. Pero para eso hay que librarse de hijos de puta como Ortiz, como vos. Y, si hace falta, voy a matarlos a todos; uno por uno.

La veo allí, sentada sobre mí como tantas veces hace tantos años—la última imagen que tengo antes de la negrura total—, y siento que mis pies ya no pueden mantenerme a flote. Comienzo a hundirme y sé que esta vez es la definitiva. Pero me aferro a una imagen como a un pedazo de madera. La necesito y me asusta. Como Marcia. Estamos en San Telmo, en nuestro nido de amor. Ella está arriba de mí pero desnuda, sonriendo sin fiera, acariciándome el pecho con sus uñas, moviéndose, bailando a un ritmo secreto. Y por primera vez presiento algo siniestro en ella. Una fantasía se dispara en mi mente. Un recuerdo de niño; algo que me impresionó mucho. Algo que leí acerca de arañas hembra que copulan con su macho justo antes de devorarlo.

© HERNÁN DOMÍNGUEZ NIMO, 2006

HERNÁN DOMÍNGUEZ NIMO
(Argentina —Buenos Aires, 1969—)

Uno de los mejores exponentes de la nueva ciencia ficción argentina, este redactor publicitario y escritor premiado dice que cualquier semejanza con *Ajolote*, de SANTIAGO OVIEDO (**Axxón** 156), es pura coincidencia.

OTRA BABEL

GONZALO GELLER

...y me quedo mirando para abajo. Pensando que allá estuve yo alguna vez. A lo lejos, muy muy lejos, puedo discernir las torres de algunos chicos, subiendo... Puedo ver las torres de los que se quedaron... las de quienes no quisieron o no pudieron subir...

Y pensar que ahí estuve yo.

Qué triste era, estar tan lejos del cielo... no sentir esta libertad, esta soledad tan linda...

Pensar... no puedo evitar quedarme mirando...

Siempre me quedo mirando cuando estoy triste.

No debería, pero...

No debería: hay mucho que hacer.

Bueno... Es una forma de decir. No hay mucho más para hacer que construir. Todo el tiempo. Eso es lo que hacemos todos, ¿no? Sigo construyendo mi torre, paro al mediodía, me suben la comida, como, tomo algo, duermo una siesta, tal vez, vuelvo

a trabajar. Si vieran lo linda que me está quedando la torre. Quién sabe... si no supiera que es imposible... diría que voy a llegar al cielo.

Bueno... "Imposible": alguien tiene que llegar, ¿no?

Ayer se lo dije a M.

Creo que me dijo que yo era un imbécil. Creo. Si supiera qué clase de idioma es ése que habla M....

Ya hemos discutido esto de los idiomas con M., varias veces. Creo. Supongo que él entendía de qué le hablaba yo, porque contestaba. Supongo. Yo le decía, como tantas otras veces, mirando —sin dejar de construir la torre, claro— a las demás torres. Viendo cómo se extendían al infinito. Yo le decía que seguramente en alguna de esas torres había alguien que hablaba el mismo idioma que yo. O que él.

Y me contestó algo que no entendí muy bien. Desventajas de hablar distintos idiomas, supongo. Claro que

igual, a fuerza de costumbre, nos terminamos entendiendo.

Creo.

De todas formas, lo de ayer se entendió: me dijo claramente imbécil, o quiso decirlo. Si pudiera salir de mi torre, llegar hasta la de él... no sé, creo que lo empujaría. ¿Por qué no podría llegar yo hasta el cielo? Si él, aunque no lo admita, piensa que puede llegar. ¿Por qué él sí, y yo no?

Lo dejé hablando solo. Mirá que decirme imbécil a mí.

Nooo... Que hable solo, en su idioma, que total no se le entiende nada, que me grite desde allá; yo no voy a escucharlo. Mirá que decirme imbécil.

Los de las torres más cercanas se quedaban mirándolo y mirándome, yo en esta actitud medio resentida de no escucharlo, él hablando solo, como si no le importara que yo lo escuchara o no. Como si lo importante fuera escucharse él.

Porque me dijo imbécil. No puede haber querido decir otra cosa, con ese tono. ¡Lo voy a matar!

No, no: no hay tiempo para pensar en venganzas absurdas, o imposibles. ¿Para qué quiero hacerle algo? Que no reaccione si no quiere. Yo voy a seguir con mi torre, como Dios manda.

Mientras me siga llegando la comida... Sí, me va a seguir llegando. Y mi torre va a seguir creciendo. Más que las demás, seguro. Mi torre es una de las más altas, y la de M. también (por eso podemos hablarlos).

Hay torres que nunca llegaron demasiado lejos: por falta de ganas o por falta de alimentos (suele pasar que dejan de llegar misteriosamente), se quedaron cerca del piso. Yo suelo quedarme a mirarlas.

Cuando estoy triste se me da por pensar que yo podría ser uno de ellos.

Pero no soy. No somos. Ahora estamos bastante tranquilos. Nuestras torres están llegando lejos. Ni siquiera extrañamos los viejos tiempos, cuando, abajo, podíamos hablar. Todavía podíamos. Ahora no nos entendemos. Mucho tiempo ensimismados. Mucho construir la torre, y construir y construir, casi por inercia, casi por tradición.

Y es que no podemos evitar construir las.

¿Qué vamos a hacer, si no, acá arriba?

¿Estar como ellos, allá abajo? Yo tengo una misión. Yo voy a alcanzar el cielo. Y es suficiente. Que sean felices ellos, si quieren, si es que son felices. Yo soy feliz a mi manera. Creo.

Aunque M. me diga imbécil.

O lo que sea.

Porque creo que me dijo imbécil.

O podría haberme dicho cualquier otra cosa, no sé. Hace tiempo ya que no entiendo su idioma. Y que él no entiende el mío. Sobre todo, hace mucho que él no me entiende a mí, ni se preocupa por entenderme. Claro, no tiene por qué interesarle. Y hasta es posible que él, en este mismo momento, esté pensando lo mismo de mí; que

soy yo el que no comprende, o no quiere comprender...

No sé: ahora estoy enojado. Y triste. Miro para abajo, las torres que se pierden en la lejanía, el suelo tan distante que no se ve... y lo vuelvo a mirar a M.

Está bien, si él lo quiere así...

No voy a dirigirle la palabra nunca más. Me moriré en la más espantosa soledad... No me importa. Si él

lo quiere así... Está bien. Que hable solo. En su idioma, que quién lo entiende. Que hable solo, déjenlo. Se lo merece.

Porque a mí nadie me dice imbécil. Ni siquiera él.

Porque estoy seguro de que me dijo imbécil.

© GONZALO GELLER, 2007



GONZALO GELLER
(Argentina —Santa Fe, 1980—)

Escritor, dibujante y compositor, está terminando el profesorado en Letras. Actualmente vive en Santo Tomé (provincia de Santa Fe, Argentina). Según expresa, publicó en algunos lugares, como Santa Fe, Rosario, España, Chile, México, y tuvo alguna mención en Perú, siempre de un modo bastante *amateur*, como consecuencia de concursos y demás.

HILOS CONDUCTORES

EDUARDO M. LAENS AGUIAR

—...y entonces le dije a Edison que para mí estaba muerto.

El recién llegado asintió con respeto, como quien comprende y comparte los pesares de un compañero de copas. Un gesto que los aficionados a la pesca dominan a la perfección. Porque, al fin y al cabo, disfrutaban tanto de la conversación como de la espera a que el hilo de la caña tiemble.

William había caminado mucho, alejándose a lo largo de uno de los brazos del Niágara, siguiendo las instrucciones de un amigo que recomendaba la zona para despuntar el vicio de la pesca deportiva, en un ambiente de tranquilidad natural. Una costumbre que, aun dos años después de la Gran Depresión, aun cultivaba.

Vestía con unos pantalones de gordinina que competían en cuanto a vejez con su deteriorada camisa a cuadros. Prendas gastadas que eran compañeras inseparables de sus escapadas campestres. Cargaba, con bastante incomodidad, con los pertrechos necesarios para pasar todo el día junto al río. Desde que se había planteado la

salida, soñaba con conseguir algunos buenos ejemplares de salmón; si bien era recomendado buscarlos con equipo resistente de pesca con mosca, sabía que con paciencia y buena carnada podía lograr algunos con su equipo de flote.

El día se mostraba prometedor, con un rubor naranja en el horizonte desde el alba y una leve brisa del oeste, algo cálida, que haría más ameno el sol de la tarde. Mientras caminaba paciente observaba el recorrido del río, en la búsqueda de hallar un sector de embalse previo a alguna subida del torrente, lugar donde los salmones se reunirían para alimentarse. Algunos parecían apropiados, pero luego los descartaba, bien porque eran poco profundos, o porque la orilla no ofrecía un buen reparo para acampar.

En este recorrido de exploración se había topado con un colega pescador, un hombre de avanzada edad, flaco y largo, sentado sobre una caja negra. Descansaba con las piernas estiradas y la mirada fija en la boya

que flotaba a escasos metros de la orilla.

Siguiendo los códigos implícitos de la pesca le preguntó si no le molestaba que lo acompañara. A su asentimiento se instaló disfrutando la calidez del sol de la mañana.

Ya ubicado le extendió la mano, presentándose: —William Goldberg.

A lo que el otro hombre le respondió amable “Nikola Tesla, un placer”, junto con un mínimo asentimiento.

Su acento era europeo; del Este, probablemente. Dejó pasar el rato, disfrutando del entorno y su embriagante belleza. Como usualmente ocurría, cumplió con otro formalismo de los pescadores.

—¿Está saliendo algo? —preguntó.

—Por ahora no, sólo cosas chiquitas —respondió Nikola. Luego de una pausa, añadió: —Pero al menos sirven para encarnar.

William asintió ante el comentario de su compañero, más feliz por el trato ameno que por la respuesta en sí. Durante unos minutos se concentró en su línea, sin molestar a nadie ni nada en su entorno.

Al cabo de casi una hora de estar abocado a la relajante tarea de ver el agua correr buscó conversación nuevamente; trivial, por supuesto.

—Hermoso día, ¿no?

—En apariencia sí, pero después del mediodía habrá tormenta.

—¡No puede hablar en serio!
—cuestionó con cortesía mientras alzaba la vista al sol radiante.

—¡Oh, sí! —respondió Tesla y, para acrecentar la predicción, agregó—: Aproximadamente a las 13:50.

William rió con educación, encojiéndose de hombros.

—Si usted lo dice...

—No, no. Lo dice el *oscilador vibracional mecánico* que instalé en la central eléctrica.

Ante la mirada desencajada del recién llegado, Nikola dijo: —Sepa disculpar, amigo. Soy científico, abocado al estudio de la energía.

—¿Qué tipo de estudio? —consultó William, de puro curioso.

El científico se despachó con una catarata de palabrerío técnico acerca del oscilador, un aparato que medía la electricidad en el aire y predecía, con gran exactitud, según él, la llegada de una tormenta eléctrica. Sin ánimo de interrumpirlo, William fue soltando esporádicos “hummm” y algunos “ajá”.

La manera de hablar de Nikola era eufórica y algo soberbia, pero teñida con acotaciones ejemplificadoras como para que no se perdiera el hilo del monólogo. Sin duda estaba habituado a disertar para gente sin conocimientos técnicos.

De todos modos, su cháchara incluía corriente alterna, continua, polifásica, electromagnética, frecuencias, ionosferas y decenas de terminologías que superaban el entendimiento de su compañero de pesca. Si bien William, un empresario de bienes raíces que residía y operaba en Nueva York, captaba la idea central, la cual era poder manejar la electricidad de mejor manera, todo lo demás eran galimatías para él.

Esperó paciente, como buen pescador, una pausa en su discurso para cerrar el tema con amabilidad. Como debía ser, el momento llegó.

—...transmitiendo la potencia en una frecuencia de 6 c/s desde la torre Wardencliff.

En ese momento aprovechó para interrumpirlo con cortesía.

—A mí estas cosas de científicos me parecen asombrosas, aunque, en lo que a mí me toca, no me cambia la vida.

La mirada de Nikola se encendió y estalló eufórico.

—¿Cómo que no? —exclamó casi en un grito—. Esto le va a cambiar la vida al mundo entero, amigo. Está probado que es mejor que la electricidad de Edison.

—¿Conoce al famoso Edison? —dijo sorprendido William.

—¿Conocerlo? ¡Edison propuso que la silla eléctrica emplease energía eléctrica alterna, desarrollada por mí, en lugar de la continua, de la que él era el impulsor, para así darle mala fama a mi descubrimiento! ¡Odio a Edison! Y él me odia a mí.

Otra vez se embarcó en un discurso plagado de referencias científicas a las cuales William asentía algo dudoso. Le contó que, a pesar de que Edison le dio trabajo, diseñando motores y generadores eléctricos, aunque él no contaba con credenciales como para ofrecerle demasiadas garantías, la fuerte personalidad de ambos hizo que se separaran.

—...y entonces le dije a Edison que para mí estaba muerto —concluyó finalmente.

—¿Pero estas dos tecnologías son irreconciliables? —preguntó el acompañante del científico.

—Son *distintas* —respondió Nikola, interpretando la palabra "distinta" con

un tono de ironía—. ¡Con mi energía puedo mandar electricidad a cualquier lugar sin necesidad de cables ni hilos! ¡Puedo almacenarla en baterías! ¿Entiende la magnitud de lo que esto significa?

—Evidentemente no —dijo William con un gesto de fingida timidez.

—Le propongo algo. Un juego, si lo prefiere —dijo el científico mientras lo miraba con ojos risueños—. Yo diré un posible uso para la energía alterna, inalámbrica y almacenable, y luego usted me dice otro.

El pescador soltó una carcajada amistosa y se negó cortés, pero ante la insistencia de Nikola comenzaron a usar la imaginación.

—En un futuro próximo la gente podrá dispersar la niebla usando un campo electromagnético —propuso Nikola.

El otro hombre se quedó callado un rato y luego comenzó.

—Si se podrá empujar la niebla... y pronosticar las tormentas, como ha señalado hoy, los puertos y ciudades lograrán predecir y controlar el tráfico comercial de mejor manera, ¿correcto? —Ante el asentimiento de Nikola, prosiguió—: Entonces habrá centros de control y predicción del clima en todo el mundo.

William adoptó una pose fingida de orgullo mientras su compañero hacía una mueca de aprobación.

—Bien. Bien. Una más —propuso Nikola—. En el futuro próximo se podrán crear centrales energéticas sin cables, que dispararán electricidad al espacio que será recibida por aparatos receptores adjuntos a tubos de vidrio que la concentrarán para irradiar

luz. —Al concluir enarcó una ceja, adoptando un gesto algo sarcástico.

—Entonces no habrá más noche —respondió su compañero recogiendo el guante—. Las ciudades y los océanos estarán iluminados por siempre. La productividad de las fábricas se duplicará...

—O triplicará, o tal vez más... —interrumpió Nikola.

—O se triplicará —continuó William aceptando lo propuesto—. Pero también se podrán iluminar los hogares, las minas, los caminos. Todo lugar oscuro. —Hizo una pausa, profunda, y dijo—: Aunque, visto de otra manera, quien posea las fuentes de energía acuñará muchísimo poder, al punto de poder derrocar o erigir nuevos gobiernos, ¿no?

El científico negó rotundamente moviendo su blanca cabellera de un lado hacia otro, y se aprestó a responder.

—No lo creo amigo. La generación de energía será gratuita, con turbinas hidroeléctricas como la que instalé aquí en estas cataratas. Cuando se hayan instalado centenares como éstas, la energía flotará gratis en el aire. ¡Esto igualará a las naciones!

William no creía en las utopías políticas, pero tampoco quería rivalizar con Nikola. Su padre le había dicho que nunca debía discutir con desconocidos ni de política ni de religión. Una regla social sagrada que nunca quebró y que le había permitido acceder a negocios que otros competidores de bienes raíces habían perdido. Por lo tanto propuso: —¿Qué otro uso podrá haber para su energía?

Se rompió el ensueño en la mirada de Nikola; éste volvió a ser pragmático.

—Otra valiosa novedad será una máquina operada mediante la voz humana, que usando la energía en el aire, llevará la voz a cualquier otro lugar.

—¿Como el aparato de Bell en Boston?

—¡Mucho mejor! Los mensajes podrán ser oídos por un solo receptor o por varios, y al no ser necesarios cables las distancias dejarán de ser un problema. —Nikola ya no prestaba atención a su caña de pescar.— Y mediante el uso de baterías incluso podrá haber equipos portátiles. Lo llamo “radiotransmisor”.

—¿Baterías portátiles? ¿Es posible? —Por el rabillo del ojo vio la boya de su compañero hundirse y se lo señaló.— ¡Tiene un pique!

Nikola levantó la caña de un tirón, en el acto reflejo que mejor dominan los pescadores. El movimiento fue preciso y luego de recoger un poco la línea, ayudado por una red de mano, un espécimen salmónido plateado de poco más de dos kilos quedó boqueando sobre el pasto que bordeaba el río.

Sin volver a lanzar la caña al agua, el científico se dedicó con paciencia a limpiar al animal. Mientras tanto, retomó la conversación.

—El concepto de almacenaje de energía es una idea que perseguimos desde el descubrimiento de la electricidad, pero que recién ahora, con el uso de la energía alterna podrá materializarse. Este concepto, junto con los receptores de energía, generará miles

de aparatos eléctricos domésticos que nos harán la vida más fácil.

—Absorbedores de polvo... —arriesgó el pescador, que al ver la sonrisa de Nikola continuó—: lavadoras automáticas de ropa, esterilizadores de agua...

—Hornos que cocinen con energía eléctrica —aportó el científico—, y hasta un sistema de transmisión de imágenes mediante hilos telegráficos ordinarios. Se podrán fotografiar los pensamientos, ya que se sabe que una imagen formada en la mente, debe, por reacción refleja, producir su imagen correspondiente en la retina. Basándome en este concepto ideé un sistema de televisión y con el podré emplear una retina artificial que recibirá la imagen del objeto observado.

—Increíble... —dijo William anodado.

Nikola colocó dentro de una bolsa de papel la cabeza y las entrañas del pescado. La cerró con cuidado y la puso a un costado de la caja sobre la que se sentaba.

—Todos estos principios también serán aplicados a los medios de transporte —continuó Nikola, locuaz—. He patentado el *submarino eléctrico*, que recibe energía eléctrica de la torre Wardencliff, la almacena en baterías y puede ser controlado a distancia.

—¿Submarinos eléctricos? ¿Por qué no *autos eléctricos*? —preguntó William, y luego amplió su hipótesis—: ¿Y tomarán energía gratuita del aire? ¿No más petróleo?

A cada postulación Nikola respondía con un asentimiento.

—Todo será posible. ¡La gente del campo irá a las ciudades para

vivir allí y comandará las máquinas agrícolas de forma remota!

Terminó de descamar el pescado, lo enjuagó con agua del río, lo secó con un paño que llevaba atado a la cintura y lo colocó dentro de la caja negra donde se sentaba. Le cerró la tapa, accionó una pequeña palanca lateral y se volvió a sentar sobre ella.

William asintió como quien piensa en lo que ha escuchado. Levantó su línea e hizo un gesto de abatimiento al verla descarnada. Recogió para volver a poner cebo. Sabía que cualquier cosa que dijera a continuación sería un gatillo que dispararía una nueva andanada de postulaciones. Por lo que, en aras de continuar la charla, decidió darle un giro al asunto.

—¿Pero todos estos usos de la energía son inofensivos para las personas?

Nikola se puso serio y soltó un profundo suspiro. Dudó un momento e intentó varias respuestas. Por fin dijo: —Lamentablemente, pueden *no* serlo. La humanidad siempre busca la manera de utilizar los avances científicos con fines nocivos.

—¿Cómo por ejemplo...? —lo invitó el pescador para que continúe.

Algo reticente a hablar, en voz apenas audible, le dijo: —La misma energía utilizada para el control remoto de los vehículos también puede proyectar una onda eléctrica de intensidad suficiente como para causar una chispa en un punto determinado de cualquier barco, avión o vehículo y hacerlo explotar.

—Eso es terrible —opinó William.

Nikola continuó sin prestar atención al comentario de su compañero.

—Mal aplicados, estos principios también pueden generar la aparición de nuevas armas de guerra, en forma de pequeños generadores electromagnéticos, capaces de producir —hizo una pausa para elegir las palabras correctas— *malestares físicos* como sordera temporal, fiebre, mareos, vómitos, anulación temporal de las funciones psicomotrices, taquicardias... hasta paros cardíacos o infartos.

—Armas que no disparen balas... —caviló el otro hombre—. Eso tal vez sea bueno, ¿o no?

—Las armas nunca son buenas. —respondió Nikola tajante.

—No, a lo que me refiero es a que tal vez sean menos nocivas que un cartucho de plomo. Tal vez las guerras del futuro sean más... amigables.

El científico frunció el ceño y agitó su cabeza, como respuesta al sinsentido que había dicho su acompañante.

La boya del William vibró algunas veces y éste centró su atención en ella. Durante varios minutos ambos estuvieron en silencio, alternando la mirada entre el reflejo del agua y el tranquilo paisaje. Ninguno habló, quizá a sabiendas de que estos momentos de paz deben ser respetados y honrados. Ninguno de los dos había salido de sus hogares esa mañana para discutir acerca del futuro de la humanidad y eso había sido lo que finalmente había ocurrido.

Aun sin proponérselo, los pensamientos de William iban incesantemente hacia variaciones de lo que habían discutido. Imaginaba a sus hijos viviendo en un mundo donde la electricidad era tan habitual que nadie re-

paraba en ella. Un mundo donde la energía eléctrica fuera una necesidad y no un lujo. Pero, por más que quisiera evitarlo, las visiones siempre terminaban en escenas bélicas ultramodernas, donde soldados mecánicos controlados remotamente disparaban ondas azules que descomponían todo a su alcance.

Inmerso en estos pensamientos debió cambiar su carnada algunas veces más, cosa que nunca hizo su compañero, lo que lo llevó, en varias oportunidades a observar de reojo a Nikola. Lo veía intranquilo y pensativo; hasta, se diría, preocupado.

Al cabo de algunos minutos decidió volver a romper el silencio.

—¿Qué ocurre, Nikola?

El científico meditó un momento y luego preguntó.

—¿Sabe guardar secretos? —dijo sin quitar la vista del agua.

—Creo que sí.

—Bueno. Esta charla acerca de los usos militares de mi energía me tiene muy preocupado.

En los siguientes segundos el científico se mantuvo callado, luego prosiguió: —En uno de mis experimentos provoqué un pequeño terremoto en mi laboratorio de Manhattan. Algo de escala baja, pero que afectó a toda la zona. No me queda más remedio que pensar que para el fin del siglo existirán sistemas tecnológicos perfeccionados capaces de provocar terremotos artificiales, entre otras cosas que no soy capaz de imaginar.

William abrió los ojos y meditó acerca de la magnitud de esto. Era terrible. Pensar en naciones que amenacen a otras con destruir sus países desde los

cimientos si no acceden a sus demandas, o ataques dirigidos sin aviso por grupos violentos contra enemigos múltiples. Imaginaba las principales metrópolis hundidas, quebradas, destruidas. Y creía comprender el pesar de su compañero, la culpa que debía sentir.

Quería levantar el espíritu de Nikola, o al menos intentarlo.

—Amigo, nadie puede predecir el futuro. Tal vez aquellos que nos sucedan sean más inteligentes y utilicen sus descubrimientos para el bien.

Cuando terminó de hablar se dio cuenta de que ni él mismo creía lo que había dicho. Pero, para su asombro y alegría, Nikola lo recibió de la mejor manera.

—¿Usted cree? —preguntó con ojos ilusionados.

Apelando a sus mejores dotes de vendedor de bienes raíces, continuó: —Es posible. Quién sabe. El ser humano puede evolucionar, así como la ciencia lo hace.

—Yo sueño con una humanidad unida y pacífica; donde la distancia, que es el impedimento principal del progreso de la humanidad, será completamente superada, en palabra y acción —pronunció Nikola, solemne.

—¡Brindo por eso! —agregó William eufórico, aunque un poco sobreactuado.

Un pitido bajo sonó y Nikola se levantó de la caja donde estaba sentado. Abrió la tapa y retiró del interior, en una bandeja de madera, el pescado que había conseguido, pero cocido en su punto justo.

Sin prestar atención a la mirada curiosa de William, tomó un limón de una bolsa de cuero, lo cortó al medio

y procedió a exprimirlo sobre la carne blanca del otrora pez. A continuación lo condimentó con un poco de sal y le extendió el plato a William.

Con un poco de desconfianza, lo rechazó cortés. Ante la insistencia de Nikola tomó con sus manos un poco y descubrió que sabía exquisito. Entre ambos lo terminaron en cuestión de minutos.

El comerciante no podía creer que la caja, que hacía de asiento provisorio para el científico, fuera una cocina hecha y derecha. ¿Sería saludable la comida cocida con electricidad? ¿En verdad tenía allí una fuente de electricidad portátil como la que decía haber creado? ¿O tendría brasas en su interior? No veía ni olía humo, por lo que debía aceptar lo increíble como posible.

Ya vueltos otra vez a la pesca, William sintió en su interior cómo el virus de la ambición comenzaba a crecer, haciéndose lugar por sí solo, dominando parte de sus pensamientos. Rompiendo alguna que otra, también autoimpuesta, regla social, le preguntó: —Sin querer ser entrometido, todos estos descubrimientos lo deben haber hecho un hombre muy rico, ¿no?

—No, amigo mío —dijo triste una vez más.

El cambio de ánimo había sido tan abrupto que se sintió culpable.

Nikola le contó que, fruto de sus desavenencias con Edison, había perdido miles de dólares en los tribunales, lo que lo forzó a venderle la patente de su máquina de generación de corriente alterna a un tal Westinghouse. Casi al borde de las lágrimas le relató cómo un empresario italiano le robó la patente

del transmisor de radio, patentándolo en simultáneo. Esto hizo que no le otorgaran la licencia de comercialización a ninguno de los dos y se vio embarcado en otro juicio, aún sin finalizar. Esto lo había desangrado económicamente.

—...y entonces vendí la escritura del laboratorio para pagar las deudas. Por eso vengo aquí a pensar e intentar olvidarme de mis problemas.

William sintió pena por él. Un anciano de más de setenta años, penando sobre los logros y fracasos de toda una vida a un desconocido entrometido... Se sentía un poco responsable por haber llevado la charla a este punto.

—Bueno, pero no todo en la vida es el dinero —soltó como sin importancia, usando otra frase social típica—. Usted ha hecho un aporte enorme a la humanidad.

—Pero no siempre se nos recuerda por los buenos aportes, William.

Dicho esto recogió su línea y guardó la caña en una funda de tela. Montó la caja negra sobre una pequeña tarima con ruedas sobre la que apoyó sus enseres de pesca.

—Amigo, ha sido un placer conocerlo y conversar. —Nikola le extendió la mano y William se la estrechó con firmeza.— Debo retirarme. Adiós.

—Adiós —respondió William y lo vio irse.

Lo siguió con la mirada hasta que desapareció en una curva del camino. Durante unos minutos se quedó meditando acerca de lo que había conversado con el científico. Su lado racional lo hacía dudar acerca de cuánto era verdad y cuánto podía ser fruto de la imaginación del anciano. Era poco probable que la humanidad cambiara tanto en tan poco tiempo, a causa de un simple avance en el campo de la electricidad.

Tan profundos eran sus pensamientos que no se dio cuenta de que el sol ya no brillaba. Las primeras gotas lo sacaron de su trance, y cuando quiso ponerse de pie el agua ya caía a raudales.

Miró su reloj y las agujas marcaban las 13:52.

No supo si preocuparse o ponerse contento.

© EDUARDO M. LAENS AGUIAR, 2007

EDUARDO M. LAENS AGUIAR

(República Oriental del Uruguay —Montevideo, 1979—)

Vive en Argentina desde 1985. Casado y a la espera de su primogénito, está recibido en *Marketing*, ya tiene varios cuentos publicados en **Axxón**.

Según anota, NIKOLA TESLA falleció en Nueva York en 1943. Al morir, el Gobierno de los Estados Unidos de América intervino todos los documentos de su despacho, en los que constaban sus estudios e investigaciones, los cuales aún no han sido desclasificados. Poco antes de su muerte, en una entrevista dijo, refiriéndose a aquellos que tildaban de ridículas sus ideas: "El presente es suyo, el futuro es mío".

CONTACTO FALLIDO

JOSÉ CARLOS CANALDA

—¿Querría alguien hacer el favor de explicarme qué demonios está pasando aquí?

El coronel Boogley se encontraba de pésimo humor, por más que éste fuera comprensible; a nadie le agrada que le interrumpan sus vacaciones sacándolo sin contemplaciones de la cama en un hotel de Kenia a mitad de la madrugada para, sin darle siquiera tiempo a vestirse, trasladarlo en helicóptero hasta el aeropuerto de Nairobi y embarcarlo en un avión militar que aguardaba con los motores encendidos para conducirlo finalmente, en un vuelo directo y sin escalas, hasta una base secreta situada en algún lugar del desierto de Nevada... en estas circunstancias cualquiera en su sano juicio habría corrido el riesgo de perder los estribos, y todavía más de haberse visto privado de una agradable compañía femenina.

Aunque en el avión, mejor o peor, había podido asearse, los varios litros de café ingeridos no habían sido capaces de disimular sus llamativas ojeras. De hecho el coronel se caía lite-

ralmente de sueño, ya que a la noche en blanco (y no sólo con posterioridad a la llegada de sus captores) había que sumar el brutal cambio horario acumulado durante su frenético viaje. Y, por si fuera poco, el uniforme que le habían prestado le quedaba incómodamente estrecho...

El coronel Boogley era uno de los dos jefes militares responsables del programa *Big Ear*, un proyecto secreto que el gobierno de los Estados Unidos había encomendado al Ejército, cuyo objetivo era el de intentar entrar en contacto con inteligencias extraterrestres... algo así como los proyectos *Ozma* y *SETI*, pero en militar; mientras los civiles se entretenían jugando con los radiotelescopios, ellos trabajaban en secreto aprovechando el anonimato que les garantizaba la duplicidad de funciones. Que los científicos chuparan toda la cámara que quisieran si esto les permitía a ellos trabajar sin testigos molestos y, así, todos contentos.

Aprovechando la llegada de su colega, el coronel O'Harty, Boogley había

solicitado un permiso que, contra todo pronóstico, le había sido concedido, lo cual aprovechó para poner tierra por medio —literalmente varios miles de kilómetros— antes de que sus superiores tuvieran ocasión de arrepentirse.

Y no se arrepintieron, para sorpresa suya; pero tan sólo un par de semanas más tarde, cuando apenas había comenzado a saborear las mieles de sus bien merecidas vacaciones, al imbécil de O'Harty le había dado por quitarse de en medio justo en el momento en el que había estallado la crisis... y de poco le había valido perderse en el otro hemisferio, puesto que hasta allí habían ido a buscarlo para que lo sustituyese. En honor a la verdad había que reconocer que O'Harty convalecía en el hospital recuperándose de un infarto de miocardio, pero también había sido casualidad... y si ese imbécil no fumara y bebiera como un cosaco, a lo mejor podía haber evitado el arrechucho y él habría seguido retozando tranquilamente en su refugio africano.

Por si fuera poco, durante el viaje no había conseguido que ninguno de sus cancerberos le informara con detalle de las circunstancias de lo ocurrido en la base, desconocía si por ignorancia u obedeciendo a órdenes estrictas, aunque barruntaba que la movida debía de ser bastante fuerte como para provocar tamaño zipizape en vez de recurrir a su segundo, el mayor Gómez, lo cual hubiera resultado mucho más sencillo. "Lo siento, mi coronel, tan sólo nos han dicho que lo trajéramos a la base lo antes posible", había sido la invariable respuesta. "Ya le informarán cuando lleguemos allí".

Bien, ya estaba allí, y con un humor de perros. En la base se respiraba un tenso nerviosismo, pero todos rehusaron responderle amparándose en que sería Gómez quien lo hiciera... y el puñetero mayor no aparecía.

Estaba Boogley a punto de comerse el tercer lápiz, cuando finalmente apareció su enjuto subordinado. Éste, tras disculparse por la tardanza alegando que la base se había convertido en una jaula de grillos y que había tenido que estar dando vueltas sin parar de un lado para otro, se avino a ponerlo en antecedentes de todo lo ocurrido.

—Contactamos, mi coronel —fue su escueta explicación.

—¿Cuándo? —La curiosidad tuvo la virtud de apaciguar la irritación de Boogley.

—Justo después de irse usted. Un satélite detectó una señal que no parecía ser natural, y los programas de decodificación lo confirmaron.

—¿Extrasolar? —Boogley ya no se acordaba ni de Kenia ni de sus truncadas vacaciones.

—No. La fuente de la señal se desplazaba con bastante rapidez, lo que nos permitió determinar que se encontraba muy cerca, a una distancia inferior a la de la órbita de Marte aunque muy por encima del plano de la eclíptica. Su trayectoria le habría hecho pasar de largo en apenas un par de días, por lo que el coronel O'Harty ordenó que se pusiera en marcha el protocolo de iniciación de un contacto.

—Bien —gruñó Boogley, sintiendo cómo una punzada de envidia le atenazaba el corazón; a él le habría

gustado figurar en los libros de historia como el primer humano que había establecido contacto con una civilización extraterrestre, pero al fin y al cabo, se dijo, su rival yacía en el hospital y era él quien en esos momentos se encontraba al frente del programa—. ¿Y luego?

—En un principio, todo marchó según lo previsto —explicó el mayor, retorciéndose nerviosamente las manos—. Enviamos primero unas secuencias de números primos y potencias de los mismos, luego pasamos a fórmulas geométricas sencillas como el teorema de Pitágoras, y a continuación seguimos con formulaciones algebraicas más complejas...

—Abrevie, Gómez —le interrumpió con brusquedad—; no tenemos todo el día y, además, conozco de sobra estos protocolos como para que me los recuerde. Vaya al grano.

—Está bien —suspiró éste—. El caso es que los visitantes respondieron y modificaron su rumbo, dirigiéndose hacia uno de los puntos de Lagrange de la órbita lunar, el L4 concretamente, donde se anclaron. La comunicación siguió más o menos las pautas esperadas, aunque tuvimos ciertos problemas antes de descubrir que los alienígenas no usaban el sistema decimal, sino el duodecimal...

—Tendrán seis dedos en cada mano —rezongó el coronel—. ¿Qué más?

—Los mensajes intercambiados fueron volviéndose cada vez más complejos aunque, claro está, todavía nos faltaba mucho para poder llegar a mantener una auténtica conversación.

—¿Mandaron imágenes? —le volvió a interrumpir.

—Pensamos que sí, pero los técnicos todavía están tratando de decodificarlas; al parecer los extraterrestres emplean unos sistemas de emisión completamente incompatibles con los nuestros. Pero al final...

—¿Al final qué? —Boogley tenía que reprimir los deseos de estrangular a su cachazudo lugarteniente.

—El coronel O'Harty estaba cada vez más impaciente. Ordenó que se emitieran los vídeos que habían preparado los exopsicólogos con la esperanza de que fueran ellos quienes aprendieran nuestra técnica y nos enviaran a su vez los suyos ya en un formato compatible con el nuestro, pero aparentemente no dio resultado. Los *aliens* seguían enviándonos unos galimatías ininteligibles que volvían locos a nuestros muchachos, y ni siquiera teníamos la seguridad de que nuestros propios mensajes fueran entendidos por ellos. Y entonces...

—¿Entonces, qué? ¡Continúe, Gómez, no se quede callado como un pasmarote! —explotó Boogley al ver que el mayor había enmudecido de repente.

—Entonces fue cuando sobrevino la catástrofe. El coronel decía que los vídeos que les habíamos mandado eran unas... —titubeó— mariconadas que no servían para nada, así que decidió saltarse los protocolos mandando otros que él consideraba más adecuados.

—¿No me irá a decir que les mandaron películas porno o algo similar? —se alarmó el coronel.

—Ojalá hubiera sido eso —suspiró el mayor—. No, la idea en principio parecía buena; se trataba de recurrir al

medio de comunicación más abstracto, y por ello más universal, de todos, la música. El coronel opinaba que podría ser de utilidad enviarle, en lugar de esos absurdos vídeos matemáticos que ninguno de nosotros entendía, una serie de grabaciones musicales, a ser posible acompañadas de imágenes relajantes, capaces de transmitir sentimientos, o ideas, sin tropezar con la barrera del idioma. Así pues, se reunió con sus asesores civiles —El tono despectivo en que lo pronunció Gómez resultó más que evidente.— y les preguntó acerca de los títulos que podrían resultar más adecuados.

—No me parece una mala idea —apuntó Boogley, sin darse cuenta de que estaba repitiendo las mismas palabras de su interlocutor—. ¿Qué eligieron?

—¡Oh, era un buen surtido de obras de música clásica, aunque no sabría decirle con exactitud sus títulos ya que a mí ese tipo de música nunca me ha gustado, en realidad me aburre... Creo que había cosas de Beethoven, de Bach, de Mozart y de otros compositores de nombres raros que no recuerdo. Una vez hecha la lista, el coronel O'Harty mandó a los chicos que las buscaran, y también que eligieran vídeos relajantes para acompañarlas, ya sabe usted, atardeceres en el mar, montañas nevadas y cosas por el estilo.

—No veo que tuviera nada de malo —insistió el coronel—. De haber estado en su lugar, yo seguramente habría hecho lo propio —remachó, silenciando que su cultura musical era, en lo referente a la música clásica, todavía inferior a la de su subordinado.

—No, no lo tenía, y todo el mundo estuvo de acuerdo con su iniciativa. El problema surgió cuando, tras buscar por toda la base, no fue posible encontrar la mayor parte de las piezas elegidas, y eso a pesar de que, según decían esos cabezas cuadradas, se trataba de obras muy conocidas.

—Bueno, con encargarlas...

—¿A dónde? ¿Olvida usted que estamos en una base secreta? No podíamos coger a un ordenanza y enviarlo a la ciudad más cercana a comprar los discos, y si las pedíamos por vía oficial se retrasarían demasiado y, probablemente, los chupatintas de allá arriba se empeñarían en hacernos preguntas... y si algo no nos interesaba era dar explicaciones, dado que el coronel O'Harty planeaba saltarse los protocolos establecidos.

—Entonces, ¿qué se hizo?

—El coronel montó en cólera, y ordenó a sus ayudantes que se las apañaran como pudieran, pero que quería esas grabaciones listas para ser emitidas en veinticuatro horas, justo cuando los visitantes se encontraran en la posición más favorable sobre el firmamento. Así pues, los chicos se pusieron a buscar a toda prisa a alguien que pudiera bajarlas de internet.

—¿Lo encontraron?

—Lamentablemente, sí. Teniendo en cuenta las severas restricciones de acceso a internet que están implantadas en la base, era de esperar que nadie se atreviera a reconocer que se conectaba a la red de forma clandestina, pese a que era vox pópuli que esto ocurría. Hubo que garantizar que no sólo no se tomarían repres-

lias sino que, por el contrario, se premiaría a quien accediera a hacerlo, y aun así costó mucho trabajo conseguir un voluntario... en mala hora —rezongó Gómez.

—¿Quién fue? —preguntó Boogley, en tono severo.

—¿Quién iba a ser? El degenerado de MacMillan, ¿quién si no? Por cierto, no tendrá que molestarse usted en arrestarlo, ya me encargué yo de mandarlo al calabozo.

—Ese MacMillan... ¿no será el tipo que tenía montada una timba clandestina en los dormitorios de la tropa?

—El mismo. También hacía apuestas ilegales por internet, incluso parece ser, aunque no lo hemos podido demostrar todavía, que traficaba con bebidas alcohólicas que a saber de dónde las sacaba. Un buen elemento, pero lo necesitábamos, y él lo sabía. Le preguntaron si sería capaz de bajarse de internet las obras musicales de la lista que le proporcionaron, y aseguró que no tendría ningún problema en hacerlo. Así pues, lo pusieron delante de un ordenador conectado a internet, le dejaron que instalara en él los programas que necesitaba para entrar en las redes de intercambio de ficheros sin preguntarle por qué estaban en su poder, y lo dejaron solo rogándole que se diera la mayor prisa posible.

—¿Bajó la música?

—Eso nos hizo creer, el muy sinvergüenza. Luego supimos que todo ese tiempo se dedicó a trapisear en portales de juego y a visitar páginas pornográficas; por cierto, nos dejó el disco duro completamente infectado de virus y gusanos informáticos, a saber en qué sitios se debió de meter.

—Bien, la verdad es que, si hacemos abstracción de la cuestión disciplinaria, no acabo de ver dónde estribaba el problema —objetó Boogley—. Si no pudieron mandar las grabaciones musicales, habría bastado con olvidarse de ello y seguir adelante con el protocolo establecido...

—El problema fue que MacMillan sí nos pasó un disco grabado haciéndonos creer que se trataba de la música que le habíamos pedido; cuando vio que se le acababa el tiempo que le habían asignado, al muy golfo sólo se le ocurrió echar mano de lo primero que encontró, sin saber siquiera lo que nos daba —explicó Gómez con un hilo de voz—. Y el coronel O'Harty estaba tan nervioso, que a ninguno de sus ayudantes se le ocurrió comprobar antes su contenido; los muy cretinos, que por cierto están haciendo compañía a MacMillan en el calabozo, se limitaron a copiarlo en el ordenador y enviarlo por radio hasta el punto L4 junto con las imágenes de vídeo que ya tenían preparadas.

—¿Y qué pasó?

—Pues que, para sorpresa de todos, a las pocas horas de haberlo enviado los alienígenas dejaron de emitir sin ningún tipo de advertencia previa; simplemente enmudecieron por completo, y todo parece indicar que se han debido de marchar por donde vinieron renunciando a contactar con nosotros.

—Gómez, haga el favor de decirme de una puñetera vez qué demonios había en ese disco —ordenó el coronel, que había palidecido ostensiblemente.

—Pues nada menos que un completo surtido de las preferencias musi-

cales del rata de MacMillan: *rock duro, rap*, música discotequera de lo más estridente... cuando los chicos lo pusieron en un reproductor, a duras penas logramos evitar salir corriendo.

Para sorpresa del atribulado mayor, su superior estalló en una estruendosa carcajada.

—¿De qué se ríe usted? —le reprochó—. No creo que la situación sea precisamente para tomársela a broma; por culpa de un descerebrado rijoso hemos echado a perder una ocasión única que quizá no vuelva a repetirse ya; el corazón del coronel O'Harty no pudo resistirlo precisamente porque fue incapaz de asumir la magnitud del desastre, y sin embargo usted se lo toma a chacota...

—Discúlpeme, querido Gómez, nada más lejos de mi intención que burlarme de usted —respondió al cabo Boogley, conteniendo aún a duras penas los espasmos que le producía la risa. Y como vio que éste continuaba con el ceño fruncido, explicó: —¿Conoce usted la historia del conde Potemkin?

—No. ¿Quién era? El nombre sueña a ruso...

—En efecto, era ruso, y fue el favorito de la emperatriz Catalina II allá por la segunda mitad del siglo XVIII, más o menos cuando Washington se convertía en el primer presidente de nuestro país. Una de sus múltiples hazañas consistió en levantar falsos pueblos construidos con decorados, algo así como los de las películas del Oeste, al paso del séquito de la emperatriz en sus visitas por las distintas regiones de su reino, en un intento de camuflar la miseria en la que estaba sumido

éste; dicen, incluso, que una vez que Catalina había pasado de largo, desmontaban a toda prisa los decorados para volverlos a montar en la siguiente etapa de su viaje. Todo un viejo zorro el amigo Potemkin, pero aunque ignoro si logró mantener su farsa hasta el final sin ser descubierto, lo que sí es cierto es que sus picardías no sirvieron de mucho a la hora de intentar evitar la imparable decadencia del imperio de los zares.

—Ya. Pero, ¿qué tiene que ver ese Potemkin con nuestro problema? —se amostazó el mayor, al que la historia nunca le había interesado gran cosa.

—Todo, querido Gómez, todo... y también es casualidad, mira por dónde. Por culpa del cretino de Mac Millan, de la impaciencia de O'Harty y de la negligencia de los técnicos, sin quererlo ni pretenderlo hemos mandado a nuestros visitantes un retrato de la humanidad probablemente mucho más fiel que el que mi colega, o incluso yo mismo, de haber estado en su lugar, habríamos decidido mostrar. ¿No le parece divertido?

—En absoluto —gruñó éste con gesto avinagrado—. Se supone que cuando pretendemos algo lo más conveniente es dar la mejor impresión posible, a nadie se le ocurre ir a pedir trabajo hecho un desarrapado, ni se presenta a la primera cita con una chica borracho como una cuba... y no me negará que la imagen que hemos dado a los alienígenas no ha podido ser más penosa.

—Penosa... pero ajustada a las pautas de conducta de una mayoría de nuestra sociedad, nos guste o no.

Tiene usted razón al decir que todos nosotros intentamos en muchas ocasiones, si no falsear la realidad, sí al menos maquillarla, sin que quede demasiado claro el límite en el que acaba la verdad y comienza la mentira... me temo que esto forma parte de la hipocresía social en la que todos nosotros, nos guste o no, estamos prisioneros; y, claro está, luego pasa lo que pasa en el momento en que, tarde o temprano, se descubre que no todo el monte es orégano. Por eso es por lo que estoy tan satisfecho como un crío chapoteando en un charco después de burlar la vigilancia de sus padres; porque, a pesar de todas nuestras mentirijillas, los visitantes han podido hacerse una idea cabal de cómo las gastamos —concluyó Boogley, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Y gracias a esa idea cabal que a usted le satisface tanto, se han largado sin despedirse siquiera —bufó Gómez—. Quizá para no volver.

—¿Quién lo sabe? A lo mejor tan sólo nos han puesto en cuarentena al estimar que todavía estábamos verdes, y quizá vuelvan a intentarlo dentro de algunos siglos por si se diera la casualidad de que mientras tanto hubiéramos aprendido algo... En cualquier caso, no creo que sea algo que nos tenga que preocupar demasiado.

—¿Cómo que no tiene por qué preocuparnos? —se escandalizó el mayor—. Vaya a saber qué harán ahora con el programa; usted sabe que había políticos empeñados en cancelarlo, y en cuanto se enteren de lo ocurrido van a disponer de la excusa perfecta para conseguirlo.

—Bueno, ¿y qué? —respondió el coronel, con un ingenuo encogimiento de hombros—. Lo peor que puede pasarnos es que nos trasladen a otro destino y, si he de serle sincero, yo ya estaba empezando a hartarme de aquí, encerrado como un topo y sin poder tener el menor contacto con el exterior. Eso sí, me gustaría que me permitieran concluir mis vacaciones africanas.

Y viendo que su subordinado seguía con cara de póker, insistió.

—¡Venga, Gómez, tómese la vida con alegría, que parece usted un empleado de funeraria! ¿Le apetece un trago para celebrarlo? —preguntó, al tiempo que abría con llave una gaveta de su escritorio y sacaba de ella una botella y un par de vasos—. Le aseguro que este *bourbon* es excelente. No tiene nada que ver con el matorratas que vendía MacMillan; considérello privilegios del cargo.

© JOSÉ CARLOS CANALDA, 2007

JOSÉ CARLOS CANALDA
(España —Alcalá de Henares, 1958—)

Doctor en ciencias químicas, aficionado a la ciencia ficción desde muy joven, cultiva tanto la vertiente del ensayo como los relatos y prácticamente no necesita presentación. Ha publicado tanto en papel como en formato electrónico —en diversos medios españoles e hispanoamericanos— y tiene su página personal en <http://es.geocities.com/jccanalda/>.

Ediciones Turas Mór
es un emprendimiento
para crear libros electrónicos
de distribución gratuita.

Los derechos de las obras
pertenecen exclusivamente a cada autor.

Se prohíbe la reproducción total o parcial
de este material sin la cita de su fuente
y el respectivo permiso de su autor.

Ediciones Turas Mór
es miembro fundador de
e-ditores

e-ditores

e_ditores@yahoo.com.ar

http://ar.geocities.com/e_ditores



Ediciones Turas Mór

e_ditores@yahoo.com.ar
(Asunto: Turas)

<http://ar.geocities.com/dagornar>



ESN 94048-070402-857613-64